REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI — San José, Costa Rica — **1933** — Sábado 14 de Enero — Núm. 2

Año XIV. No. 618

SUMARIO

A cien años de Cuvier

= De *La Prensa*, Buenos Aires. Rep. Argentina =

La historia de Cuvier es notable. Tuvo dos pasiones que no siempre andan juntas: la pasión de la sabiduría y la pasión del poder. Ellas lo convirtieron en una figura científica de primer plano y en un político influyente, de esos cuya autoridad no disminuye con los cambios de regímenes ni de gobernantes. Las dos pasiones asociadas le llevaron a ejercer una especie de dictadura intelectual en Francia, concentrando en sus manos los resortes académicos y administrativos que ayudan a consolidarla.

Digamos pocas palabras acerca de su vida. El 23 de agosto de 1769 nacía, en el seno de una modesta familia protestante de Montbéliard, un niño que fué bautizado con el nombre de Leopoldo Cristián Federico Dagoberto Cuvier; pero él, apenas comenzó a publicar, firmó Jorge Cuvier, y así lo llama la historia. Era una tierna niña su madre cuando casó con el caballero Cuvier, antiguo oficial del ejército, que frisaba en los 51 años.

La madre lo inició en las primeras letras. El niño daba muestras de mucha vivacidad mental y de una actividad asombrosa que preocupaba a los suyos, temerosos de que su salud se resintiese. El pueblo natal contaba con un excelente colegio. Cuvier se distinguió en todas las asignaturas, pero en la que sobresalió netamente fué en retórica: sus maestros le pronosticaron una brillante carrera literaria. El niño—10 años escasos—lee a hurtadllas un libro de Buffon; se entusiasma con él y copia sus dibujos. Buffon, que supo encender en Goethe y en Rousseau la primera chispa de amor por las ciencias naturales, despertó también esta vocación prócer. A partir de entonces el chico no será literato, según lo vaticinan sus profesores; tampoco se dedicará al sacerdocio, conforme al dictamen de los padres. Será naturalista. Y si notáis el ascendiente que ejerce sobre los condiscípulos, la manera como los acaudilla y se impone a todos, concluiréis que sabe mandar, que posee la pasta del político.

Termina el colegio. Los progenitores son pobres; no disponen de recursos para enviarlo a perfeccionarse fuera del pueblo natal. Este pertenece a la sazón al ducado de Wurtemberg; el duque Carlos Eugenio conoce a la familia Cuvier, confía en el talento del muchacho y permite que estudie, a costa del Estado, en la Academia Carolina de Stuttgart. Allí, de los 14 a los 18 años, completa su formación intelectual. Asiste a los cursos de historia natural, matemáticas, filosofía, derecho público y derecho administrativo. Guardará como un tesoro los cuadernos de apuntes, escritos en correcto alemán, del aprovechado estudiante. Hombre célebre, los mostrará, ufano, a sus íntimos. De Humboldt abajo, los alemanes, sin reparar en su exaltado nacionalismo francés, lo reivindicarán como a un compatriota. En justicia, cabe decir que sintetizó las mejores cualidades intelectuales de los dos grandes pueblos y que alió felizmente la elegante claridad latina a la abnegada prolijidad teutónica.



Georges Cuvier
(1769-1832)
Medallón de *David d'Angers*

De los 19 a los 25 años se gana la vida como preceptor en una familia pudiente de Normandía. El empleo le deja bastante tiempo libre; se consagra a escudriñar la naturaleza, en cuyo saludable contacto vive. Debe aguzar el ingenio en la observación e interpretación de los fenómenos que analiza, pues tiene, a guisa de única biblioteca, el "Sistema de la naturaleza" de Linneo, que trajo consigo de Stuttgart. Estudia la fauna del mar vecino y logra que una revista especializada de París inserte sus primeras memorias. Se vincula fortuitamente a un hombre de ciencia que de nada gusta tanto como descubrir, en viso, futuras glorias: el abate Tessier. Tessier lo relaciona con un joven naturalista, creador, al lado de Lamarck, de la cátedra de zoología en el museo de la capital francesa: Geoffroy Saint-Hilaire. Con la proverbial generosidad que le caracterizaba, Geoffroy le invita a venirse a París. Arriesga una profecía: en París Cuvier desempeñará el papel de un nuevo Linneo, de un nuevo legislador de la historia natural.

Cuando Cuvier llega a París, con el firme propósito de conquistarla, tiene 25 años. Pronto Geoffroy, que lo aloja en su casa, consigue que lo nombren profesor suplente en el museo. Publican, asociados, varios trabajos. Durante ocho años—asevera el hijo de Geoffroy—no tuvieron sino un solo pensamiento y un solo corazón.

Cuvier avanza rápidamente en su carrera. Antes de fin del siglo es profesor en el colegio de Francia y miembro del Instituto que acaba de fundar y preside Bonaparte. A los 32 años contrae enlace con una simpática viuda, cinco años mayor que él. Ana María se llamaba; fué su compañera y su admiradora. Napoleón lo designa para ocupar los más altos cargos dentro de la enseñanza secundaria y universitaria. Desde 1813 y hasta su muerte, es consejero del Estado y presidente de la sección del Interior. Cambian los gobiernos y él conserva su poderoso ascendiente político En 1818 se le ofrece la cartera del Interior y días antes de desaparecer se le renueva el ofrecimiento. Además, se le confiere el título de barón y, luego, el de par.

Es un favorito de la fortuna. Su vida intelectual, política y social se compone de una serie de triunfos ininterrumpidos. El curso del Colegio de Francia

es seguido por auditorios numerosos, del que forman parte jóvenes venidos de todas las partes del mundo. También se da cita en su clase un brillante concurso femenino. Fuera de la sabiduría, las seduce la potente voz, la galanura y fluidez del discurso, la varonil prestancia del maestro. El rostro refleja energía obstinada, los ojos escrutadores la paciencia del investigador. Con su levita y su corbatón, completa una figura muy interesante.

Se da tiempo para todo. Tiene corresponsales en las más diversas latitudes del planeta, incluso una princesa eslava; atiende diligentemente la secretaría perpetua de la Academia de Ciencias; posee casi todos los idiomas cultos; hace gala de extensa erudición; escribe multitud de obras admirables en un estilo armonioso, trasparente, a ratos oratorio. Y, en medio de tanta actividad, hace vida social, concurre habitualmente a tres o cuatro salones célebres y recibe a las amistades una vez por semana, acompañado por las tres figuras tiernas de su vida: la esposa, la hija Clementina y la hijastra, señorita Duvancel.

En 1830 sobreviene el acontecimiento más dramático de su existencia: la controversia con Geoffroy, el amigo de la juventud, el solícito protector de los primeros y decisivos pasos de la iniciación en el mundo sabio parisiense. La discusión apasiona a la opinión pública y tiene tales resonancias en el tiempo, que aun hoy no se han extinguido del todo. Se prolonga durante varias semanas, sin que decaiga el interés, a pesar de la efervescencia política. Goethe advierte, mejor que los mismos contrincantes, las proyecciones extraordinarias del encuentro. Es sabido que le asignó mayor importancia que a la caída del trono en Francia. Soret cuenta la anécdota. Cuando llega a Weimar la noticia de la revolución en Francia, corre a casa de Goethe. Antes de que pudiese hablar, el insigne poeta se le adelanta, diciéndole:

—¿Qué pensáis de ese gran acontecimiento? El volcán está en erupción. Todo arde.

Soret, con ser naturalista y hombre de muy sutil entendimiento, pensó, como no podía pensar de otro modo, que Goethe se refería a la revolución ocurrida en el país vecino. Experimentó uno de los asombros mayores de su vida, al saber que se refería al debate entre Cuvier y Geoffroy. Poco después escribió el primer artículo de historia y comentario a la controversia. Y en marzo de 1832 puso punto final, en el lecho de muerte, al segundo. Al través de la discusión, Goethe notó claramente que sus doctrinas e hipótesis de naturalista, coincidentes con las de Geoffroy, acababan de ser lanzadas a la conquista segura del porvenir. Y escribió aquel juicio memorable: "Se trata de un debate de tan grandes horizontes, que la historia de las ciencias no presentará posiblemente un segundo ejemplo".

Con una serenidad de juicio sorprendente, Goethe discernía las partes fuertes y débiles de los adversarios y notaba que, bajo ciertos aspectos, uno y otro se mostraban unilaterales en sus métodos y apreciaciones y que debían hallarse en un punto de coincidencia y armonía. "Los naturalistas partidarios de Cuvier y Geoffroy me parecen soldados que cavan minas y contraminas; los unos de fuera adentro, los otros de dentro afuera; son hábiles; deben encontrarse en las profundidades" (1).

Lo que por el momento importa es dejar constancia que si bien la opinión pública estuvo más de parte de Geoffroy que de Cuvier, porque adivinó el aspecto político que trascendía de la ardorosa polémica, el mundo sabio se inclinó completamente del lado de Cuvier, quien produjo entre muchos la impresión de haber anonadado con su vigorosa elocuencia a su ilustre antagonista. La verdad es muy disinta hoy en día. Se reconoce que Geoffroy violentó la realidad para acomodarla a sus teorías, pero que defendía una idea en el fondo esencialmente cierta. Lo mismo que Lamarck y que Goethe, se había adelantado en medio siglo a los acontecimientos. Pero por lo pronto Cuvier aventaba las teorías de sus opositores y robustecía resonantemente las propias, que iban a señorear treinta años. En su aspecto filosófico, preparaban el ambiente y anunciaban el advenimiento del positivismo.

Veremos próximamente cómo el positivismo de Cuvier venía mezclado con elementos metafísicos. El precursor de Comte echaba a la metafísica por la ventana y le abría, dando un rodeo, magníficos portones: restablecía, en el corazón de las ciencias, la finalidad aristotélica, la armonía preestablecida de Leibnitz.

Pero si la epistemología cuveriana se compone, a nuestro leal entender, de elementos contradictorios, nadie le ha negado jamás a su autor las geniales aptitudes reveladas en el campo estricto de las ciencias naturales. Como zoólogo ha realizado una tarea inmensa en todo lo que se relaciona con los invertebrados y su aporte fué decisivo en la constitución definitiva de la anatomía comparada y de la paleontología.

Supo presentar con deslumbrante eficacia el fruto sazonado de sus laboriosas investigaciones. Contemporáneo de Lamarck y de Geoffroy, producía la impresión, a los ojos de admiradores incondicionales, de llenar casi por entero, solo, la escena: magia, al fin, de artista.

Antes de los 50 es elegido miembro de la Academia Francesa. Culmina así la carrera de los honores oficiales, estupendamente proseguida bajo los gobiernos más opuestos. En una sesión memorable pronunciará el discurso de bienvenida al poeta Lamartine.

Este constante triunfador, este hombre que se paseó como un dios entre sus semejantes, tuvo la peor de las desgracias: la de perder uno a uno a tres de sus hijos. Solamente sobrevivió Clementina: los otros fallecieron en la infancia, entre ellos Jorge, en quien había depositado las más caras esperanzas. Crecía Clementina cual una delicada flor; había llegado a la edad núbil y se hallaba a pocos días de contraer enlace con un hombre célebre, con Ampere, cuando el zarpazo brutal de la muerte vino a arrebatarla. El golpe fué rudísimo y el fuerte Cuvier no pudo sobreponerse del todo a sus consecuencias.

Sin embargo, espera disfrutar de una vejez robusta, convencido de repetir la longevidad admirable de los grandes naturalistas franceses: Buffon, Jussieu, Lamarck.

El autor de la "Filosofía zoológica" se hace presente ahora a cada instante en el recuerdo; en sus pláticas lo menciona a menudo. Siente que le debe un homenaje de justicia. Y tal vez acordándose de la propia hija, escribe a la de Lamarck, Rosalía, pidiéndole datos acerca de la vida del padre para componer su elogio. Deja terminadas las páginas dictadas por el noble gesto, mas no podrá leerlas en la Academia de Ciencias. El 13 de mayo de 1832, en el apogeo de la gloria y conservando todo su vigor físico y mental, un ataque repentino tronchó aquella preciosa existencia.

Alberto Palcos

(1) El autor de este artículo se ha ocupado en *La Prensa* de la controversia entre Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire en los siguientes artículos: «A cien años de una famosa discusión» (agosto 24 de 1930); «Goethe en la Academia de Ciencias de París» (septiembre 7 de 1930); «Goethe y la ciencia» (octubre 12 de 1930); «Derivaciones de una controversia» (enero 18 de 1931); «Antecedentes de una famosa discusión» (marzo 15 de 1931).

Mélida Luz Palacios

(Al graduarse de enfermera)

= Envío de la autora =

"Semejante a la manzana—dice Safo—que en la cumbre más alta dora el sol—manzana que los recogedores no recogen, no porque no la deseen sino porque no logran alcanzarla". Así Mélida Luz Palacios mantiénese alta.

Nacida en San Salvador, venida de noble alcurnia, mecida en cuna de oro, entre linos y encajes, la muñequita blonda abrió los ojos a la vida rodeada de felicidad. Dotada de belleza física al par que moral e intelectual, educada entre monjas y creciendo en santo hogar, llegó a ser la criatura perfecta. Sonreíale la vida en todos sus aspectos: belleza, juventud, dinero, amor! ¡ah!, el amor hacíala su preferida: madre, padre, hermana, hermano, novio!: Lista estaba la doncella para dar al prometido el **sí** en el altar sagrado, cuando la ley aquella de las lágrimas, estricta y dura, arrebató la vida al joven enamorado. Mélida Luz tuvo su primer dolor. Dolor muy dolor que abrió su alma a la verdadera vida, la vida cruel que nos hace llorar y nos pone su sabor amargo en el paladar del alma. La niña de entonces, comprendió el vivir en su verdadero aspecto, y se convirtió en doncella fuerte la virgencita dulce...



Srta. Mélida Luz Palacios

(Cortesía del *Diario de Costa Rica*)

Mélida Luz viajó, leyó, y emprendió estudios superiores. Los Estados Unidos y Europa enseñáronle a ser lo que es, pero fué Suiza, el país alto, puro y libre, el que imprimió en su alma esa ansia de infinito, de azul, de cielo... Al par que fuerte, su mente es soñadora, como que posee puros y nobles ideales; díganlo sino, esos ojos enormes que parecen cansados de divinas visiones, y huyen mirar lo bajo y lo vulgar.

Lo feo no es feo si en el fondo esconde la belleza, ni el sacrificio es sacrificio si en su fin encuentra la paz o la dulzura: eso lo sabe Mélida Luz y como una verdadera hermana de caridad ejerce su noble profesión de enfermera.

¡Cómo! ¡Mélida Luz Palacios, joven, bella, rica, haciendo de enfermera!, ¡pero no es posible! ¡Ah!... No es posible, pero así es, tiene que ser cuando, como ella, se posee además de juventud, belleza y dinero, un corazón puro, una mente sabia y un alma divina.

Aura Rostand

San José de C. R., 1933.

La estimación del exterior

De Quito nos llega **El Comercio** del 8 de noviembre pasado con unas palabras cordiales de nuestro amigo y colaborador Augusto Arias. Son palabras satisfactorias que animan a seguir en esta jornada, ya larga. Las publicó a tiempo que reproducía otras que escribimos en este semanario, en la edición del 8 de octubre del año pasado y a solicitud de los liceístas que editan "Arlequín".

Esto le ha dictado el corazón a nuestro amigo ecuatoriano:

Don Joaquín García Monge, el Director de **Repertorio Americano**, ha escrito unas palabras, a pedido de los jóvenes directores de la revista "Arlequín" de San José de Costa Rica. Y como siempre, ha dejado en ellas huella clara de su sinceridad y ese don de magisterio, no recubierto con la vieja severidad del dómine y sí fresco de auras vitales, de insinuaciones amables y—¿por qué no decirlo?—cordialmente sapientes.

García Monge quiere la unión de los estudiantes y al invocarla escribe su aspiración de que las amistades juveniles se fortalezcan en el campo limpio y libre de prejuicios, de los verdaderos hombres.

García Monge ha sido, en la búsqueda de amistades sin convencionalismos, un fomentador inteligente y resuelto. En su **Repertorio** hallan cabida los buenos escritores de todas las tendencias y si reproduce y comenta a los clásicos, abre las columnas de su pequeño y grande semanario a los poetas de la más auténtica vanguardia, a los cuentistas de hoy que más se destacan por su técnica natural y atrevida, a los exégetas de Virgilio y Goethe o a los comentaristas de novísimos escritores. Eso sí, al **Repertorio Americano** han de llegar, y no por el anuncio de frase rotunda, sino por el carácter ya impreso en la índole del semanario josefino, los escritores limpios de rencilla. Discusión elevada de pensamiento, de suerte que los hombres de opiniones diferentes se acerquen más bien para signar su amistad de caballeros en el mismo terreno de su distancia de ideas.

Tal mantenimiento de justas posiciones ha de obedecer, claro está, al respeto mutuo. A esa aristocracia de ánimos que, sin decirlo, quisiera García Monge para todos los jóvenes. Por eso alude al aislamiento de Robinsón, observándolo quizá figurativamente y en paraje moderno como al orgulloso en su fiero aislamiento que se volverá brusquedad selvática y espíritu antisocial por agresivismo.

García Monge pide a los jóvenes una lectura de los clásicos. Y es que confía en la claridad que aquellos suelen extender en la mente y en la voluntad de los hombres. De los clásicos desdeñados a veces sólo en nombre de la ignorancia que se dice a sí misma triunfadora del pasado y que cuenta, para la petulancia de su paseo, sólo con la memoria fácil de una desordenada lectura de novelas y con la erudición momentánea y aparentemente cosmopolita del cable...

De cultura, de ideales y devociones habla García Monge en sus breves y sugestivos párrafos, de cooperación, de unión, de fuerza, de algo esencial que oponer a "la suspicacia, a la desunión, a la zancadilla y a la enemistad".

Léanse las frases leales de García Monge:

(Sigue la reproducción del caso)

A los hombres de buena voluntad, de Colombia y del Perú

= Envío de *Dmitri Ivanovitch*. 501 West 143rd. Street. New York City =

Invitamos a todos los latinoamericanos a que secunden el llamado que hacemos aquí a la conciencia popular del Perú y de Colombia. Evitar que el Pueblo de estas dos Naciones se lance a una guerra fratricida y estéril no es empeño que importe sólo a peruanos y a colombianos. De la Argentina a México debe despertar este empeño simpatías y apoyo, máxime ahora cuando apunta ya el generoso y previsor impulso de dar asenso en actos oficiales a lo que cada día va haciéndose verdad más patente, como es que la América Latina no comporta sólo una expresión geográfica sino una unidad cultural, económica y política.

1.—El incidente de Leticia ha creado en el pueblo de los dos Estados a los cuales afecta tal suceso movimiento de opinión dañoso para la solidaridad latinoamericana, para los verdaderos intereses y la verdadera salud de ese mismo Pueblo, al cual pudieran precipitar sus Gobiernos al rompimiento de relaciones diplomáticas y aun a la misma guerra.

2.—Creemos que ante este hecho preñado de tan peligrosas posibilidades, los hombres de buena voluntad de Colombia y del Perú no deben permanecer inactivos; ni menos contribuir a crear en la región amazónica un segundo Chaco, donde se consuman vidas, energías y dineros cuya aplicación racional y patriótica ha de ser la que procure el afianzamiento de la personalidad espiritual y material de la Patria.

3.—Para nosotros, hombres que aspiramos a situarnos dentro de las ideas de nuestro siglo; ciudadanos que queremos proceder dentro de la realidad política, social y económica de nuestro Continente, cualquier enderezado a disminuir la fraternidad latinoamericana; a perturbar, en espíritu o en hecho, la paz latinoamericana, tiene todos los caracteres de un atentado contra la propia Patria y contra la América Latina.

4.—En el caso concreto de Colombia y del Perú, naciones bolivarianas a las cuales unen vínculos más estrechos aun que los que impone la general solidaridad latinoamericana, perturbar la paz internacional de nuestro Pueblo constituye a nuestro juicio un acto de traición contra Colombia, contra el Perú y contra la América de que formamos parte.

5.—Creemos que no es en las fronteras geográficas sino en las fronteras económicas, en su misma estructura económica interna, donde hay que defender hoy la soberanía, la integridad y hasta la existencia misma de nuestra Patria. Aseguramos que no es en incidentes de frontera como el de Leticia, sino en la corrupción política en donde reside el verdadero peligro, cual es el del entreguismo que lleva a enajenar o a ceder por completo las riquezas naturales a grupos extranjeros que benefician de esas riquezas, sin que el Pueblo derive de ello legítima y proporcionada ventaja; pues antes sufre el perjuicio consiguiente a la subordinación de las autoridades nacionales a la empresa extranjera, de la cual se convierten con harta frecuencia en dóciles agentes. Vemos, además, en esta connivencia del elemento oficial con los abusos del negociante de fuera perenne invitación al desrrollo de situaciones que, tarde o temprano, acarrearán dificultades y conflictos con los Estados Unidos saxo-americanos; Nación ésta cuya economía se halla llamada, por imperativos geográficos y de diferencia de modalidad industrial, a complementarse con la de las nuestras, a funcionar acordadamente con ella, dentro de normas de mutuo respeto, de científica cooperación, de mutua inteligencia y de provecho mutuo.

La paz entre el Perú y Colombia es esencial para el bienestar presente y el destino futuro de nuestro pueblo. No hay, no puede haber entre Colombia y el Perú dificultad que no sea susceptible de arreglo pacífico. No queremos que el Gobierno del señor Olaya Herrera y el Gobierno del señor Sánchez Cerro lancen al pueblo a la guerra.

6.—Por estas razones y otras de orden nacional e internacional que pudieran aducirse aquí para reforzar nuestro criterio; como colombianos los unos, como peruanos los otros, como ciudadanos todos de dos Naciones cuyo porvenir es común, cuyos intereses son comunes, cuyas dificultades presentes y cuyos peligros futuros son comunes también;

7.—Hacemos un llamado a nuestros compatriotas para que no sólo no secunden sino se opongan a la aventura descabellada y criminal a que están empujando a Colombia y al Perú el Gobierno del señor Olaya Herrera y el Gobierno del señor Sánchez Cerro. Invitamos a nuestros compatriotas a que analicen desapasionadamente los antecedentes de la situación ya creada y el curso que tanto en Colombia como en el Perú se le ha ido dando a esta situación: para que así lleguen a convencerse, como estamos nosotros convencidos, de que la conducta del Gobierno del señor Olaya Herrera y del Gobierno del señor Sánchez Cerro sólo puede atribuirse a incapacidad o a miedo ante los problemas de la política interna o al deseo de afianzarse en el Poder o al afán de aprovechar el incidente de Leticia para hacer afluir al exhausto tesoro los dineros que en nombre de la Patria le piden o le arrancan al Pueblo.

8.—Como solución concreta del caso que estamos considerando, proponemos el arreglo directo entre el Gobierno del señor Olaya Herrera y el Gobierno del señor Sánchez Cerro; o, en su defecto, la aceptación de los buenos oficios de una o más Naciones latinoamericanas, las cuales son, por razones obvias, las que están naturalmente llamadas a interesarse en la pronta y pacífica solución de este conflicto.

9.—Somos de parecer que, en uno u otro caso, debe ampararse la libre expresión del auténtico querer de los habitantes de las regiones a las cuales haya de afectar lo que pacten los Gobiernos; que debe darse a esos habitantes amplia ocasión para que decidan de su propio destino y del de la tierra que fecundan con su trabajo, sin que, al ejercer ese derecho, se vean sujetos a la presión de extrañas influencias ni expuestos al riesgo de error que se seguiría de urgirlos a pronunciarse sobre este punto en un plazo premioso. Nos inspiramos para pensar así en la creencia de que tanto el Gobierno del señor Olaya Herrera como el Gobierno del señor Sánchez Cerro, y con ellos los colombianos y los peruanos, están imperativamente obligados a respetar en su expresión y en sus consecuencias la voluntad de los habitantes de la región amazónica; tanto porque constituye un derecho sagrado e inalienable cuanto porque el desconocerla y violentarla equivaldría a sembrar la semilla de futuros conflictos entre el Perú y Colombia.

10.—Opinamos igualmente que las negociaciones que se lleven a cabo, por cuanto afectarán de manera vital al Pueblo del Perú y de Colombia, no deben adelantarse a espaldas suyas, según los funestos procedimientos de una diplomacia caída ya en universal descrédito. El pueblo tiene derecho a seguir paso a paso el curso de esas negociaciones; al Gobierno no le asiste derecho alguno para rodearlas de una reserva que equivale a declarar que los ciudadanos de Colombia y los ciudadanos del Perú son menores de edad a los cuales no puede enterarse de lo que ocurra, y menos aun permitírseles que opinen y decidan acerca de ello.

11.—Nuestras firmas al pie de este llamado a los hombres de buena voluntad del Perú y de Colombia; el llamado en sí mismo, no implican en modo alguno arrogación de autoridad con res-

pecto a nuestros hermanos de Colombia y del Perú; nada está más lejos de nuestro ánimo; no pretendemos, que mal podríamos pretenderlo, asumir en esta grave emergencia el papel de conductores ni tan siquiera el de consejeros: queremos sólo pedir la ayuda de los colombianos y de los peruanos que piensan y sienten como nosotros.

12.—Rogamos a la prensa de habla castellana de los Estados Unidos saxoamericanos, y a la de los países de la América Latina en los cuales haya núcleos de nuestros compatriotas, que dé publicidad a este llamado.

13.—Esperamos que la prensa colombiana y la prensa peruana publique íntegramente el texto de este llamado. Esa prensa cuya función legítima es reflejar la opinión de todos los sectores nacionales y permitir así que los gobernantes respetuosos de esa opinión inspiren su conducta en el querer de las mayorías, no puede negarse a presentar ante nuestros compatriotas la expresión sincera y desinteresada de un grupo de ellos en quienes el alejamiento del suelo natal no ha sido parte a entibiar, sino antes a encender, el amor a la Patria. Ni sería tampoco admisible que, si nos supone errados, apele al fácil medio de oponer a nuestros esfuerzos la conspiración del silencio, en vez de refutar nuestras razones con razones, para dejar que sea el Pueblo, juez último e inapelable en las democracias, el que, después de oír el pro y el contra, decida si quiere la paz o la guerra.

14.—Exhortamos a los compatriotas residentes en los Estados Unidos saxoamericanos a que concurran con nosotros en condenar todo intento de guerra entre el Perú y Colomba; les pedimos que manifiesten esa determinación enviando sus nombres a la Redacción de este diario (1).

15.—Exhortamos asimismo a sumarse a nuestro núcleo, o a formar otros similares de colombianos y de peruanos, a todos los compatriotas que residan en el Extranjero. A los que se hallan dentro de las fronteras nacionales, les pedimos ahincadamente que trabajen en pro de la paz; que formen núcleos que hagan pesar su influencia en la opinión pública a favor de la paz.

16.—Invitamos a todos los latinoamericanos a que secunden el llamado que hacemos aquí a la conciencia popular del Perú y de Colombia. Evitar que el Pueblo de estas dos Naciones se lance a una guerra fratricida y estéril no es empeño que importe sólo a peruanos y a colombianos. De la Argentina a México debe despertar este empeño simpatías y apoyo, máxime ahora cuando apunta ya el generoso y previsor impulso de dar asenso en actos oficiales a lo que cada día va haciéndose verdad más patente, como es que la América Latina no comporta sólo una expresión geográfica sino una unidad cultural, económica y política.

17.—Por último, advertimos a los compatriotas de Nueva York y sus cercanías que el prestarnos su valiosa ayuda no implicará en manera alguna que hayan de hacer, directa ni indirectamente, aportaciones pecuniarias; tal concurso, aun en el caso de sernos espontáneamente ofrecido, sería declinado porque lo consideramos innecesario. Lo que pedimos del patriotismo de colombianos y peruanos; lo que de ese patriotismo queremos y esperamos, es la gestión tendiente a que se manifieste el ánimo de la paz, la adhesión a la causa de la paz y de la fraternidad entre el Perú y Colombia: que cada cual, según la ocasión y el tiempo, de palabra, por escrito, con el razonamiento y con el ejemplo, trabaje por sumar voluntades colombianas y peruanas al logro del propósito cuya síntesis es ésta:

18.—La paz entre el Perú y Colombia es esencial para el bienestar presente y el destino futuro de nuestro Pueblo. No hay, no puede haber entre Colombia y el Perú dificultad que no sea susceptible de arreglo pacífico. No queremos que el Gobierno del señor Olaya Herrera y el Gobierno del señor Sánchez Cerro lancen al Pueblo a la guerra. Cada uno de nosotros individualmente y todos unidos haremos cuanto esté a nuestro alcance por impedir esa guerra insensata, criminal e injustificable.

Rafael Amay (colombiano), José D. Andrade (colombiano), F. Arseno (peruano), Francisco Astete (peruano), Luis A. Azuero (colombiano), Eduardo Batalleluz (peruano), H. Bertoli (peruano), Emilio Borda (colombiano), Juan Canal (colombiano), Alfredo J. Cañón (colombiano), Luis F. Castañeda (colombiano), Alberto del Castillo (colombiano), Alfonso del Castillo (colombiano), Hernando Collazos (colombiano), Santiago Corrales (peruano), Henry Corro (peruano), Víctor Cox (peruano), J. Del León (peruano), Antonio Díaz Sanín (colombiano), A. Escudero (colombiano), J. M. Estrada (peruano), D. Farfán (peruano), José García (peruano), M. García (peruano), Pedro M. González (peruano), Nicolás Gutarra (peruano), Edmundo Heredia (peruano), J. Hinestrosa (colombiano), Hernando Ibáñez (colombiano), Miguel Ibáñez (colombiano), Frank In (peruano), Dimitri Ivanovitch (colombiano), Carlos Jordán (peruano), Eduardo Leyva (colombiano), Alvaro López (colombiano), Carlos Mantilla (peruano), Dr. Luis Méndez (colombiano), Javier F. Meza (peruano), J. L. Mora (peruano), Alex Morales (peruano), J. S. Morales (peruano), Francisco Muñoz V. (peruano), Guillermo Núñez (peruano), H. Olano (peruano), Roberto Ordóñez (peruano), John Osorio (colombiano), John D. Osorio (colombiano), Pedro Pablo Osorio (colombiano), Alberto Ospina (colombiano), William J. Otárola (colombiano), Carlos A. Peña (colombiano), Víctor Pérez (peruano), Herbert Pinilla (colombiano), Arturo de Plaza (colombiano), Adolfo Quiñones (peruano), Felipe Ramírez (peruano), Joaquín Robles (peruano). Joseph Robles (peruano), Alberto J. Rosado (colombiano), Félix Ruiz (peruano), José Salazar (peruano), Luis Tabara (peruano), Eduardo Unda (peruano), Nemesio Vargas (peruano), V. vargas (peruano), Julio Vásquez (colombiano), Roberto Vásquez (colombiano), Jorge Villaveces (colombiano), Luis Villegas (peruano), Guillermo Zayers (peruano).

Nueva York, 24 de diciembre de 1932.

(1) *La Prensa* de Nueva York, en cuyo número del 26 de diciembre de 1932 se publicó este llamado.

Estampas

El Tratado Chamorro-Bryan es un Tratado humillante y fenicio

Nos adherimos a la protesta de Sandino el rebelde

= *Colaboración directa* =

Acabamos de leer dos capítulos de la Biografía de Roosevelt escrita por el norteamericano Henry F. Pringle, relativos a la independencia de Panamá. Ignoramos la posición que como escritor veraz ocupe Pringle en las letras de su país. No obstante, sus capítulos nos han conmovido y nos parecen la expresión de hechos terribles. No es, de seguro, él, quien primero expone esas cuestiones. Los norteamericanos que no consideran los actos de piratería de sus gobernantes como algo honroso se documentan y revelan al mundo la podredumbre. El Presidente Roosevelt quería dejar a su nación en el dominio pleno del proyectado Canal de Panamá. Para esa empresa dió apoyo a gente sin moral, la organizó para actos de conquista brutal. Consiguió imponerse y el canal fué del yanqui.

Pensábamos en el proyectado canal de Nicaragua mientras la relación de Pringle ("Teodoro Roosevelt en el Melodrama de Panamá"), nos iba amargando la censura. ¿Qué revelará otro norteamericano preocupado, del escándalo o de la verdad, cuando se dé a investigar lo que existe tras el Tratado Chamorro-Bryan? Porque si en la faja canalera de Panamá puso tanto empeño combativo un presidente de los Estados Unidos, natural es que en la faja canalera de Nicaragua haya existido el mismo ímpetu de dominio. Roosevelt enloqueció a una pandilla de codiciosos, les dió el respaldo del Gobierno de una nación fuerte y la lanzó a la aventura horrible de atrapar territorio ajeno para una obra imperialista. ¿No fué también pandilla lo que impuso en el Gobierno de Nicaragua el Departamento de Estado cuando obtuvo por medio del Tratado Chamorro-Bryan los derechos para construir el canal de Nicaragua? Ese canal también estuvo en los cálculos del imperialista Roosevelt. Lo concibió como amenaza contra los que no transigían en Colombia con la estimación dada a la faja de Panamá. Fué casi una realidad y Pringle cuenta cómo la astucia del pirata francés Felipe Buneau-Varilla fué la que impidió que el Senado norteamericano aprobara la ruta canalera nicaragüense. Los volcanes acabarían con la obra, porque en ese momento (14 de mayo de 1902) el Momotombo hacía erupción y afirmaba la naturaleza volcánica de un territorio inservible para una obra monumental de comunicación. No por conocidos dejan de ofrecer reflexión los hechos pasados. Este de Buneau-Varilla, poniendo al pie del sello de correos nicaragüense que ostentaba un volcán en erupción la leyenda de "Un testigo oficial de la actividad volcánica de Nicaragua", es revelador de las luchas miserables que se producen en torno a un asunto que quieren perder los hombres de maldad desmedida. Buneau-Varilla necesitaba imponer la ruta panameña para hacer él un enorme negocio y salvar las inversiones francesas. Pues explotó la ignorancia colectiva y con el sello postal distribuido a cada senador logró hacer fracasar la ruta canalera nicaragüense. A otros, ya la lectura o el recuerdo de esos sucesos no les traerá sino hastío. Nosotros queremos juicio propio y tratamos de volver a contar lo que ha sido de seguro entretenimiento hasta de corrillos de esquina, para volcar sobre el suceso nuestra propia meditación. Lo de Nicaragua, cuando el desenfrenado Presidente Roosevelt, nos interesa, porque tiene siempre sugestiones nuevas. Atrapó la ruta panameña y entonces dejó en la penumbra la nicaragüense. Años después otros gobernantes de su misma nación lo seguían en su huella de dominio para imponer lo que pasa por Tratado Chamorro-Bryan.

Wilson, el hombre de principios, aprovechó la obra de Roosevelt, el gobernante rapaz, con los advenedizos que hacían de gobernantes en Nicaragua, la ruta canalera. El mismo ímpetu imperialista en republicanos como en demócratas. No hay fuera de su nación otra cosa que territorios propicios a la expansión norteamericana. Dentro de los Estados Unidos pueden establecerse normas de respeto y de justicia. Fuera de los Estados Unidos lo que priva es el racero imperialista. Con el Tratado Chamorro-Bryan puso el Imperio de manifiesto su conducta avasalladora. Wilson estaba obligado por ser hombre de cátedra levantada a la altura desde la cual la obra del traficante se ve en toda su miseria, a dar trato diferente a una nación pequeña. Debía haber olvidado el zarpazo que se quiso dar a Nicaragua. Sin embargo, se inspiró en Roosevelt y arrancó a Nicaragua el Tratado humillante y fenicio.

Pensamos en el Tratado Chamorro-Bryan oyendo la voz condenatoria de ese Tratado salida de las montañas nicaragüenses. Sandino el rebelde pide su abrogación entre los puntos que propone para dejar la lucha. El revolucionario nicaragüense sabe lo que significa un Tratado impuesto por un Gobierno poderoso. Quiere acabar con el Tratado, limpiar la soberanía de su nación de esa losa terrible. Lo propone al gobernante que acaba de coger mando en Nicaragua. Y naturalmente, el politicastro se enfada y replica que el "Tratado Chamorro-Bryan es un instrumento internacional sancionado por los congresos de dos países firmantes, el cual no puede ser destituído así no más". Es decir, da respuesta llena de cordura, porque es respuesta abogadil. Tratados bilaterales, dicen los rábulas apegados a la maturranga legista. No pueden abrogarse, son cosa sagrada para los contratantes que quieran proceder independientemente a su desconocimiento. Este es el camino de la rutina, el más sencillo, el que no trae complicaciones, el que no enemista con poderosos y deja al hombre en el disfrute de su fama.

Sin embargo, la cuestión ha de plantearse en un plano mejor. Esa bilateralidad que pretenden dar los prudentes al Tratado Chamorro-Bryan puede discutirse y al final es seguro que no resulte tal bilateralidad. Se parte del principio engañoso de que en Nicaragua había un Gobierno. Y precisa tener presente que en Nicaragua no había Gobierno. Unos advenedizos descastados se habían adueñado por asalto del mando y con la posesión de éste trataron con el Departamento de Estado norteamericano, con el gobernante Wilson. No representaban esos hombres a Nicaragua. Como tampoco representaban a ningún pueblo los malhechores que Roosevelt organizó para lo de Panamá. De modo que la bilateralidad es suposición cómoda para no discutir a los Estados Unidos su asalto internacional.

Estamos traginando con sucesos y documentos conocidos. No pretendemos descubrir nada. Pero aplicamos nuestro propio juicio a la meditación. Traemos un documento antiguo salido de uno de los personajes de la política norteamericana, de Elihu Root. En enero de 1907 el senador Borah lo leyó en el Senado norteamericano. Lo traducimos en esta **Estampa** para que sirva de estímulo a los que piensan que no es Sandino un miserable que propone la abrogación del Tratado vergonzoso. El documento dice así: "No he querido yo que nuestro Gobierno acepte un adarme de poder de un gobierno nicaragüense que estoy cierto el pueblo de Nicaragua no podría ni debía aprobar... Me causa pesadumbre la cuestión de si el Gobierno de Nicaragua que ha hecho el tratado es realmente representativo del pueblo nicaragüense, y de si será considerado en Nicaragua y en el resto de la América Central como agente libre para celebrar el tratado. He visto el informe del jefe de nuestros marinos en Nicaragua, y encuentro allí lo siguiente: "El actual Gobierno no está en el poder por la voluntad del pueblo; las elecciones del Congreso fueron en su totalidad fraudulentas".

"Y un informe posterior dice que los liberales, es decir, la oposición, constituyen las tres cuartas partes del país. Es evidente de este informe y de otra información que de manera casual ha llegado a mi conocimiento por varias fuentes, que el presente Gobierno con el cual estamos haciendo este tratado, se mantiene en realidad en el mando por la pre-

sencia en Nicaragua de los marinos de los Estados Unidos".

"Que el Gobierno con el cual tratamos, del cual estamos derivando importantes ventajas, está en el mando a causa de la fuerza empleada por los Estados Unidos".

"Esta situación hace nacer una cuestión muy seria, no acerca de lo deseable del tratado, sino acerca de la forma en que se hará el tratado. ¿Podemos consentir en hacer un tratado tan serio para Nicaragua, concediéndonos derechos a perpetuidad en ese país, con un Presidente que tenemos razones para creer que no representa más de la cuarta parte de la población del país, y el que se mantiene en el mando gracias a nuestra fuerza militar, y el que, como resultado del tratado, le pagaremos una suma grande de dinero para que disponga de ella como Presidente? Me sentiría apenado de ver a los Estados Unidos llegar a esa posición. No queremos mantener un gobierno en Nicaragua por medio de la fuerza militar perpetuamente y es muy probable que si fuéramos a retirar nuestras fuerzas después de firmado el tratado habría una revolución y el tratado sería repudiado".

"Hay seguridad de que los otros pueblos de Centro América miran el asunto de igual manera. Sería mucha mi pena viendo a los centroamericanos convencidos de que queremos gobernarlos por la fuerza".

Será ya viejo el texto de Elihu Root, pero de haber sido leído en el Senado norteamericano, hace apenas siete años. Al cabo de ellos un nicaragüense de honor que busca las montañas para guerrear contra las fuerzas de ocupación que impusieron ese tratado y contra los traficantes criollos que sirvieron de instrumento al imperialismo, lanza su condenatoria contra la monstruosidad del tratado. Los apegados a los términos y procedimientos de la ley se asustan y con una hipocresía farisaica dicen que hay bilateralidad en el tratado. Mas, los que entiendan que el Tratado Chamorro-Bryan fué empresa de conquista rapaz no deben detenerse en la lucha contra la rapacidad. Las apreciaciones de Elihu Root pueden haber sido nada más que deseo de juzgar mal al gobierno demócrata que arrancó el tratado. Pero tienen de grande la expresión de que los Estados Unidos no trataron con un pueblo, sino con una pandilla organizada por el Departamento de Estado para adueñarse del mando de Nicaragua. A los actos de esa pandilla tratan los leguleyos de darles base decorosa y la presentan como gobierno con poderes para disponer del suelo de una nación. Sandino vuelve sobre los hechos históricos y los ve en su realidad tremenda. El Tratado Chamorro-Bryan no puede seguir como azote de Centro América. Tiene base podrida. Root lo ha dicho sin grandes esfuerzos y sin necesitar otra cosa que mirar lo que hacían los hombres del Departamento de Estado con Nicaragua. La llenaban de marinos y estos imponían títeres para que hicieran del mando instrumento dócil del imperialismo.

Pensemos en la proposición de Sandino para que se abrogue el Tratado Chamorro-Bryan. No nos dejemos confundir por los pareceres de la rabulistería. Si el asunto quieren tratarlo exclusivamente con un criterio legista entonces la monstruosidad quedará consumada. El repudio contra ese Tratado ha existido siempre y sólo la fuerza de los Estados Unidos es la que lo ha acallado. Sandino habla y quiere hacer fuerte su denuncia contra el Tratado. No es voz que silencie el poder norteamericano. Los que anhelamos una libertad limpia tenemos que sumarnos a la protesta del rebelde nicaragüense. Decir que para los Estados Unidos es una vergüenza ese Tratado impuesto nada más que por un poderío incontrolado. Aunando clamores llenos de virilidad lograremos que se nos respete. Los del bando de la bilateralidad del Tratado son los instrumentos conscientes o inconscientes del imperialismo. Los que hacemos a un lado las pegas legistas y nos enfrentamos a la verdad trabajamos contra el imperialismo. Afirmémonos en los propios pareceres de la gente del Norte y ahora que Sandino ha tronado desde su campo de lucha en las montañas nicaragüenses contra el Tratado Chamorro-Bryan, exaltemos el parecer de Elihu Root para afirmar que los pueblos centroamericanos sí tienen derecho a discutir el Tratado y a pedir su abrogación.

Juan del Camino

Costa Rica y enero de 1932.

Sí

= Traducción del poema *If*, de Rudyard Kipling, para *Rep. Am.* =

Si puedes sostener tú calma y tu cabeza,
cuando todos a tu derredor
han perdido las suyas
y te culpan de su debilidad.
Si puedes confiar en ti mismo
cuando todos desconfían en ti,
perdonándoles su desconfianza.
Si puedes esperar
y no cansarte de esperar;
o ser difamado
sin difamar tú a nadie;
o ser odiado
sin aborrecer tú a nadie,
y a pesar de todo eso
no aparentar ser demasiado bueno
ni hablar, dándote de sabio el tono.
Si puedes soñar
y no permitir que tus ilusiones
sean tu amo.
Si puedes pensar
y no hacerte el esclavo
de tus propios pensamientos.
Si puedes encontrarte
con el Triunfo y el Desastre,
y tratar a ambos impostores de igual modo.
Si puedes soportar
oír la verdad que tú has hablado,
retorcida por los pérfidos
para hacer trampas a los necios;
o mirar las cosas a las que diste tu vida,
despreciadas y rotas...
y detenerte, y reconstruirlas,
aunque el alma esté cansada
y desgastadas tus herramientas.
Si puedes hacer un montón de tus ganancias
y arriesgarlas todas en un tiro de pierdo o gano,
y perder..., para volver a comenzar de nuevo,
sin un cobarde lamento por tu pérdida.
Si puedes forzar tu corazón y tu cerebro,
tus nervios y tendones
para que rindan su servicio...
—y un noble servicio—
largo tiempo después
de que se han gastado,
y así sostenerte,
cuando ya no hay nada en ti
excepto la sublime voluntad
que grita: "Tente duro, y Adelante"!
Si puedes conversar con muchedumbres
y mantener intacta tu virtud,
o caminar al lado de los Reyes
sin envanecerte en lo más mínimo.
Si no pueden herirte
ni amigos ni enemigos,
si todos los hombres cuentan contigo,
pero de ninguno te dejas abusar.
Si puedes llenar cada minuto
con sesenta segundos bien empleados
en labor noble o meritoria,
Tuya es la Tierra
y cuanto el Mundo contiene,
y lo que es más, hijo mío,
tú serás

—Un Hombre...!

Rudyard Kipling

"El sentido de la cultura española"

(Ensayos por *Federico de Onís*)

= *Envío del autor* =

Don Federico de Onís, autor de un ensayo titulado **Disciplina y rebeldía** y de varios capítulos acerca de los escritores españoles contemporáneos, acaba de dar a luz de publicidad un nuevo libro de ensayos, editado por la Residencia de Estudiantes de Madrid. La obra oral y escrita de Federico de Onís es bien conocida de todos los que nos ocupamos en explicar la cultura hispánica en los Estados Unidos. Por diez y seis años este profesor salmantino se ha dedicado a propagar nuestros valores culturales desde su cátedra de la Universidad de Columbia, en conferencias por todo el país, México, Puerto Rico, en textos de uso universitario y en medulosos artículos en revistas eruditas. Los intelectuales hispanoamericanos debemos estar profundamente agradecidos al señor de Onís por su amplio concepto de cultura hispánica que le ha hecho interesarse en nuestra literatura y darla a conocer a los estudiantes norteamericanos en forma dignísima. En efecto, en Oxford ha dictado cursos sobre Rubén Darío, en Columbia sobre literatura gauchesca y en varias ocasiones ha dado conferencias sobre nuestros escritores, Gabriela Mistral, J. E. Rivera, Díaz Rodríguez, Arévalo Martínez, etc. Mientras que nuestros hombres de letras conocen a fondo la literatura española pocos son los peninsulares que se interesan por la nuestra y por este motivo escritores como Unamuno, Díez Canedo, Azorín y Federico de Onís deberían comprometer nuestra gratitud para siempre.

Ha recogido Onís en este libro de ensayos varios discursos pronunciados entre 1912 y 1929. Variadísimo—y contradictorio a veces—es el panorama ideológico que podemos abarcar entre estos años. Sin embargo, todos los rayos de su pensamiento convergen en el mismo punto: la explicación de la grandeza espiritual de España, de la gran España, hoy extendida por tierras de América. El mismo nos expone su plan de trabajo:

> Forman este tomo varios trabajos que, aunque de diferente tema, tienen de común el referirse a España y a la significación de su cultura. Unos examinan facetas de la realidad española en el pasado; otros, en el presente y porvenir; pero es común a todos ellos el que pasado, presente y porvenir tratan de unirse en la misma interpretación. Se busca, por lo tanto, en ellos el valor permanente de España, y para definirlo se confronta con el de otras culturas nacionales o con lo que llamamos cultura europea o unidad abstracta de la civilización moderna occidental.



Federico de Onís

El primer ensayo, **El Problema de la Universidad española,** discurso leído en la apertura del curso de la Universidad de Oviedo, en 1912, es el trabajo de más aliento del presente volumen. Hace en él el bosquejo histórico de las universidades de Salamanca y Alcalá, su grandeza en la Edad Media y el Renacimiento, respectivamente y la decadencia en los tiempos modernos. La actitud de la España católica frente a Europa, frente al Renacimiento, es uno de los problemas determinantes de las diferencias culturales de este país y creemos que el profesor de Columbia ha hecho un análisis luminoso e imparcial de ella. Severas palabras salen de sus labios al referirse a la organización universitaria actual, al estado de ánimo del joven español "huérfano que tiene que gastar sus energías prematuramente para abrirse un camino entre las asperezas de la vida, sin ayuda de nadie y llevando a cuestas la carga de la madre viuda y los hermanitos débiles". Y en verdad, lo que afligía entonces a las universidades españolas sigue afligiéndolas todavía, a pesar de la Junta para Ampliación de Estudios cuya noble labor naufraga en la indiferencia general.

Mi manera de entender estas cosas coincide exactamente con la del señor de Onís. Para mí, como para él, la Universidad fué un gran dolor, el dolor de comprender nuestra miseria, nuestra pobreza, el desaliento de nuestros conductores espirituales. Desorientados, perdidos entre concepciones antiguas y modernas, los profesores de España y de América golpean su frente contra el muro de lo imposible. El concepto de Universidad no existe en América. Los estudiantes sacrifican cuatro o seis años de su vida para aprender un oficio, en el cual no figura para nada el interés científico desinteresado. Si no fuera por el diploma que autoriza a nuestros médicos a dar puñaladas a sus enfermos haciéndose pagar; a nuestros dentistas a limarles los dientes a sus clientes sin ser castigados por éstos; a nuestros abogados a robar en forma autorizada; a nuestros profesores a repetir como loros lo que aprendieron de otros loros como ellos, nadie pasaría jamás por esos claustros. Cuando el Dr. Onís dice: donde falta cultura original no puede haber universidad en su riguroso sentido, nos revela la verdad de nuestra pobreza. Si la universidad es la orientadora de la tradición cultural, la centralizadora de la vida científica de un país la fomentadora de la difusión de las energías espirituales de los pueblos, nos-

(*Pasa a la página 26*)

Una interpretación moderna del teatro clásico español

= Del *Boletín del Instituto de las Españas*. Nueva York =

Palabras de *Federico de Onís*, director del Instituto, leídas a manera de prólogo a la adaptación sintética de la comedia de Lope de Vega, *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, representada en la *Fiesta de la Lengua Española* el 23 de abril de 1932.

La "comedia" clásica española, la más grande creación artística del genio colectivo de un pueblo, es algo para cuya comprensión carecemos de sentido adecuado desde que en el siglo XVIII empezó a romperse la unidad del pueblo español que la creó. No podemos imaginarnos siquiera la situación de un público que se sentía totalmente identificado con las maravillosas creaciones que presenciaba en la escena.

Como la tragedia griega, aun siendo tan distinta de ella como la España católica del siglo XVII lo era de la Grecia antigua, la comedia española consistía en la repetida dramatización de una serie de mitos tradicionales que pasaron a la escena del alma de los españoles todos. La comedia española era el teatro de la corte refinada y fastuosa de los últimos Austrias, en cuyos corrales se representaba por grandes compañías de actores famosos con todo lujo y esplendor, y lo era al mismo tiempo de las últimas aldeas de todos los rincones de España, a donde la llevaban las pequeñas compañías trashumantes.

No era, ni en la corte siquiera, el teatro de una clase social superior y aristocrática, sino de todas las clases sociales, altas y bajas, que se daban cita para sentirse unidos ante la representación plástica y dramática de sus ideales comunes. No ha habido nunca un espectáculo más integral y completo. Toda la tradición española se reunía en profunda armonía en la breve e intensa representación dramática. Las acciones eran tomadas de la historia, de la leyenda o de la vida; los personajes trágicos o cómicos, reales o poéticos, eran símbolo y concreción de las cualidades humanas amadas o admiradas por los españoles; lo trágico y lo cómico, el llanto y la risa, andaban siempre juntos y paralelos como las dos caras de una moneda; el sentimiento de la patria, el hondo problema religioso de la salvación y la preocupación moral por la conducta humana convivían con todos los goces de los sentidos al contemplar los más puros elementos estéticos: el baile, la música, los versos en toda su variedad de ritmos y de artificios y todos los procedimientos materiales de escenificación que fueron desarrollándose gradualmente hasta llegar al má-

(*Pasa a la página 27*)

Darío en las manos de Ríoseco

= De *El Ilustrado*. México, D. F., marzo 17 de 1932 =

La nutrida y nunca suficiente bibliografía sobre el tránsito y obra de Rubén Darío se ve acrecida con "Clasicismo y Americanismo en la obra de Rubén Darío. Estudio precedido de la biografía del poeta", por nuestro antiguo conocido Arturo Torres Ríoseco, catedrático de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de California, en Berkeley. Lo publica "Harvard University Press", Cambridge, Mass.

La introducción, que es una de las partes en que, a pesar de su brevedad certera, Ríoseco calentó sus hornos intelectuales hasta los términos del ardor— el libro en lo general está escrito con frialdad que no excluye erudición,—nos dice que el nombre de Darío "brilla en el horizonte de nuestra vida literaria, muy por encima de escuelas y tendencias. Fué romántico por su independencia artística, por su entusiasmo y su fervor, por el culto supremo de su yo; fué clásico por la pureza de su dicción, por sus altos ideales, por la armonía total de su obra y por su serenidad; y fué modernista porque trajo nuevos temblores de sensibilidad a nuestra poesía, porque abrió nuevos caminos y porque antepuso su afán de renovación a todo deseo de triunfo fácil e inmediato". Conforme a este breve análisis, Darío se nos muestra como hombre-síntesis. Justo. Sólo que, cuando líneas adelante Ríoseco afirma que "los poetas de hoy, afiliados a escuelas modernas y futuristas, han negado a casi todos los maestros del Modernismo, pero observan una respetuosa admiración por el autor de Prosas Profanas", entonces nos parece que Torres Ríoseco se equivoca, pues así como ya se va estimando de dudoso gusto por algunos aludir a Queiroz y a France, con Darío comienza a pasar lo mismo. Lo niegan los hijos de su sangre. Se hace notar, en la misma introducción que glosamos, que Darío fué un poeta originalísimo, que poseyó en alto grado el poder de asimilación. Esta característica debió ampliarse en el capítulo sobre su americanismo, reforzando con esa peculiaridad—que es tan frecuente en los escritores continentales—el acertado diagnóstico. Ya Francisco Contreras en su "Rubén Darío", refiriéndose a la labor poética de éste, anterior a "Prosas Profanas", hacía notar que aunque adoptó procedimientos extranjeros hasta el punto de calcar algunos de sus poemas sobre modelos franceses, y forjó no pocos neologismos y galicismos de vocablo y de sintaxis, su extraordinaria personalidad logró hacer de aquellas piezas imitadas obras personalísimas, y mediante su sentido del idioma obró con tacto en la creación de esos nuevos elementos verbales.

En la biografía de Rubén, Ríoseco nos ofrece, después de lo más importante de lo ya conocido, nuevos datos epistolares que obtuvo de los amigos del genial nicaragüense. Juan Ramón Avilés, Roberto Brenes-Mesén, Regino Boti, Ricardo Fernández Guardia y otros, proporcionan noticias que se ignoraban o eran poco conocidas. Fernández Guardia, algo puritano, refiere que hizo buenas amistades con Rubén, pero sin penetrar en su intimidad, porque el desarreglo de su vida no le permitió acercarse a él tanto como era su deseo. (Ojalá Hernán Robleto, que estuvo junto al lecho de muerte de Darío, y nos ha referido algunos detalles de esos días, escriba la historia de la infancia del poeta, pues tiene datos preciosísimos al respecto). El autor, imparcial, encuentra justificada la indiferencia de Darío por las cosas de Chile, ya que la incomprensión y la desventura presidieron su estancia en el país de Ríoseco. Recoge, también, esta vehemente apreciación de un prominente hombre español del 98, Ramiro de Maeztu: "Si, como sintió el dualismo de la forma pura frente a la forma impura, hubiera sentido, con la misma perspicuidad, el de la vida pura frente a la vida impura, Rubén no sería meramente uno de los mayores poetas de nuestra habla, sino otro Milton (a mi juicio el poeta más grande que ha habido en el mundo) y hasta al fin de los tiempos encontrarían los hombres en sus versos la fuente de la vida".

Analizando el casticismo en la obra de Rubén Darío, Ríoseco observa que aquél siempre fué un enamorado de España y que su real y profundo conocimiento de los clásicos del mismo país le permitió escribir a los catorce años el soneto "En la última página del Romancero del Cid", fielmente apegado al modo y decir del modelo. Juan Valera, a la aparición de "Azul", aseguró que el libro estaba escrito en muy buen castellano. De añadidura—según Ríoseco—la emoción racial pocas veces ha cobrado voz tan recia y acendrada como en las páginas de "España Contemporánea" y en multitud de poemas ("Pórtico", "El elogio de la seguidilla", "Un soneto a Cervantes", "A Goya", "Letanía de nuestro Señor Don Quijote", "A Colón", "Soneto a Valle-Inclán", etc).

Ríoseco dedica un capítulo acucioso y de ancho alcance investigador a las "Resurrecciones e Innovaciones Métricas" de Darío, en el que mediante paralelos convincentes y felices demuestra que casi la totalidad de ellas no provienen de fuente francesa—salvo excepciones mínimas— sino de las más legítimas y cercanas de los poetas españoles antiguos. Para este fin, Ríoseco va refutando, con paso lento y seguro, las apreciaciones que Erwin Mapes hizo en su libro "L'influence francaise dans l'oeuvre de Rubén Darío", publicado en París en 1925.

Para el autor, Rodó estuvo en lo justo cuando, en 1896, decía: "Rubén Darío no es el poeta de América". En efecto, hasta entonces el poeta ha rehuído la inmediata realidad americana, grosera y poco estimulante, como él mismo lo hizo notar, con otras palabras, en páginas de amargo sabor. Pero la corresponsalía de "La Nación" de Buenos Aires, que llevó al poeta a España en el 98, es el



Rubén Darío

Dibujo de *Juan Carlos Huergo*

Rubén Darío y Torres Ríoseco

= *Envío del autor* =

La Vida Literaria, de Buenos Aires, hace algunas objeciones a Torres Ríoseco con ocasión de su libro Rubén Darío. Al crítico de esta revista no le parece bien que el profesor Ríoseco haya utilizado las informaciones de los amigos de Rubén para ordenar la vida de éste. La vida de un hombre como Rubén Darío se hace precisamente de la suma de esos pequeños detalles. Rubén no fué un tipo de temple moral, de actitud alta. Toda su vida quedó sujeta a los vaivenes de las circunstancias. Para denunciar su abulia nada mejor que aquellas informaciones, más o menos literarias. Si existen mejores documentos, con aportarlos basta. No se opondría a esto el señor Ríoseco. También se le objeta que al marcar los antecedentes retóricos de Rubén haya subrayado la ruta castellana. Ríoseco está fuera ya de la tradición americana que sólo creía en el mimetismo francés. Por eso, con toda libertad, con acopio de razones y de documentos, hasta hoy no conocidos bien, trazó los orígenes de Rubén. Gracias a su crítica, éstos no están en las letras francesas sino en las españolas. Que Rubén haya recibido, influencias estéticas de Francia, nadie lo ha negado. Pero ya es tiempo de aclarar términos, y el profesor Ríoseco los aclara sabiamente.

E. Abreu Gómez

México.

principio de otro camino en que la distancia, por una razón muy natural, le acerca a una América miserable o grandiosa, pero siempre maternal. Y ya en "Cantos de Vida y Esperanza" (1905) tal sentimiento se expresa con una pujanza y luminosidad sorprendentes. Ríoseco aporta, en este punto, un caudal de ejemplos.

Sin agotar su paciencia, el autor, tras estudiar el paisaje americano en la obra de Darío, fija similitudes—lejanas o acentuadas—entre éste y algunos poetas españoles del xix: Bécquer, Campoamor, Cano, Espronceda, Núñez de Arce y Zorrilla. Claro está que el paralelo alcanza áreas de producción muy reducidas y en ocasiones se establece con un solo poema.

Arturo Torres Ríoseco, que según sus propias palabras trató de escribir "una obra digna del glorioso nombre del Maestro", puso a contribución un cariño y empeño que nos obligan a anotarle muchos "puntos" buenos. Se ha esforzado por escribir algo nuevo—tarea difícil dado el vasto número de exégetas que le precedieron—y en gran parte su afán se ve cumplido. Ello debe dejarle una buena alegría, tan encendida como el lomo amarillo de su excelente libro.

Antonio Acevedo Escobedo

"El sentido de la cultura española"...

(Viene de la página 24)

otros no podemos tener universidades: A.—Porque no tenemos una tradición cultural sino que vivimos fuera del círculo racial que nos señala nuestro origen; B.—Porque en nuestros países no existe la vida científica; C.—Porque nuestras energías espirituales, en sus manifestaciones primitivas y anárquicas no pueden ser encauzadas ni fomentadas. ¿Qué es entonces la universidad hispanoamericana? La respuesta es lógica y precisa: un establecimiento, creado porque existía en los pueblos europeos, de carácter profesional, al cual asisten los jóvenes que desean ganarse la vida en forma fácil y holgada. Debido a la carencia de interés científico especial la mentalidad universitaria hispanoamericana se manifiesta en una gárrula actividad política, en un radicalismo de manifestaciones y discursos, en una tendencia absurda hacia la oratoria y el periodismo y en una curiosa aptitud para negar los hechos aceptados por la ciencia moderna.

El capítulo que dedica Onís al Estudio del español en los Estados Unidos debería ser leído muy especialmente por todo hispanoamericano de cultura. Ha observado Onís dos clases de españoles en contacto con Yanquilandia: los recalcitrantes y los débiles. Los primeros son los inadaptables, los que odian lo que no sea español; los segundos los faltos de vida interior, que se dejan seducir por las grandezas aparentes de lo extranjero. Certera observación. Yo también he vivido cerca de esta gente. Hay aquí hispanoamericanos que miran a los yanquis como verdaderos salvajes y que en diez años de estancia en este país no aprenden el inglés; hay otros, por el contrario, que creen que las Asociaciones de jóvenes cristianos son la cúspide de la cultura; que los rascacielos forman el ideal arquitectónico de hoy; que el jazz es música; que la ley seca es un éxito moral; que el mascar chicle es elegante. Los primeros no quieren ver; son ciegos voluntarios; viajeros inútiles. Los segundos son simplemente imbéciles.

Habla el profesor de Onís en este ensayo de los pocos españoles que han pasado por este país dando honra a la patria: Sorolla, Zuloaga, Casals, Granados, Mardonés, la Barrientos, la Bori, Benavente, Baroja, Unamuno, Blasco Ibáñez, el Dr. López Suárez, el Dr. García Banús, el profesor Nonídez. En estos últimos años yo agregaría otros nombres: Fernando de los Ríos, Madariaga, de Falla, Iturbe, la Argentina, Diego Rivera, Orozco. Habla también del movimiento hispanista, de la legión de profesores que se dedican a enseñar nuestra literatura y nuestra lengua; de la Sociedad Hispánica; de las cordiales relaciones con Hispanoamérica, etc. En todas estas páginas se observa un espíritu de tolerancia y de franqueza admirable. Admirable de claridad y de casticismo es el capítulo que Onís dedica al Concepto del Renacimiento aplicado a la literatura española. En el ensayo titulado Waldo Frank y la cultura española, después de estudiar la labor hispanista de este escritor, dice Onís: "Todos los norteamericanos interesados en Hispanoamérica—y debían serlo todos—deben saber que el viaje de Waldo Frank a Hispanoamérica ha tenido más repercusión allá que el de ninguno de los grandes intelectuales de todo el mundo que han visitado esos países". Lástima grande que Waldo Frank sea más conocido en los países de habla española que en los Estados Unidos y que sólo muy contados sean los norteamericanos que se hayan dado cuenta de sus viajes por nuestros países. Para sincerarme debo declarar que yo no comparto la admiración de Onís y la mayoría de los intelectuales nuestros por la labor de Waldo Frank.

En su capítulo último Onís interpreta el baile de la "Argentina". Otra vez va al corazón de España, basándose en leyes nacionales de ritmo y gracia: "Individualidad, libertad, impulso hacia arriba, gestos inesperados y contradictorios, dramatismo y ternura, gracia y violencia, todo sujeto a un ritmo interno al que siempre se vuelve como en las libérrimas canciones españolas, constituyen el alma de España, que vemos encarnada en la "Argentina" cuando baila". Certera interpretación de carácter nacionalista es ésta. El arte de la "Argentina" es un arte típicamente español, popular español, espontáneo y romántico, que no tiene las aspiraciones trascendentales, nunca bien logradas, del arte contemporáneo de Yvonne Georgi, de Kreutzberg y de Mary Wigman.

Recomendamos el libro presente a los profesores españoles e hispanoamericanos y en especial a los que hayan vivido, o vivan, en los Estados Unidos. El estilo de Onís es claro, directo, tiene seriedad de cátedra; carece de figuras retóricas. Su propósito es tan noble que a veces abandona su imparcialidad para ir a lo castizo; su amor por lo español tan profundo que a veces se apasiona y llega a conclusiones a primera vista caprichosas. Por esto nos es profundamente simpático, como hombre, como español, como escritor. Y nos proponemos algún día en que podamos gozar del reposo necesario ir al fondo de lo típicamente español a través del espíritu duro y tierno, áspero y fino, joven y escéptico, amable y combativo, contradictorio siempre, de nuestro querido maestro Federico de Onís.

Arturo Torres Rioseco

University of California.

El parecer de Azorín

= De *La Prensa*. Buenos Aires =

Madrid, 1932.

Federico de Onís es una de las más simpáticas y cultas personalidades españolas. Vive en el extranjero desde hace muchos años; en el extranjero, Estados Unidos, explica literatura y lengua españolas; su profesorado es fecundo en resultados positivos para el buen nombre de España. Publica Federico de Onís, de cuando en cuando, algún libro, algún ensayo, en que él, tan fino y tan comprensor, expone sus ideas acerca de temas que se relacionan íntimamente con el pasado de la nación española y con el presente estado de su literatura. Ahora Onís ha publicado en un volumen algunas de estas muestras de su saber y de su fino análisis psicológico. Se titula el libro "Ensayos sobre el sentido de la cultura española". Mucho se ha escrito sobre tan interesante cuestión; muchos ensayos se han pergeñado desde que Angel Ganivet publicó su conocido "Idearium español". Las hipótesis sobre el pensamiento y la sensibilidad de España en lo pretérito han sido muchas; la erudición y la hondura que en estos buceos se han empleado han sido notables. Bibliografía extensa de la materia pudiera formarse. En general, podemos decir que, partiéndose de un punto de vista radical, casi hostil al pasado español, se ha ido poco a poco casi cohonestando ese pasado. El deseo de serenidad, de tolerancia, de comprensión cordial, ha hecho que se mire ese pasado con ojos exentos de toda prevención

hostil, de toda parcialidad. La labor que indicamos ha venido realizándose desde hace más de cuarenta años; fué en 1876 cuando don Gumersindo de Azcárate publicó en una revista un ensayo que motivó la ardiente e impetuosa intervención de Menéndez y Pelayo, que entonces era un mozo apenas conocido. Desde entonces, la historia, la erudición, la arqueología, todas las ciencias anexas a la historia, en fin, han realizado en España enormes progresos. No se ha dado la razón por completo a Menéndez y Pelayo, en sus arremetidas contra Azcácate, Perojo y Revilla; pero se ha procurado situar las cosas de modo que en la apreciación del pasado español no se vea ni el más remoto asomo del encono contra una modalidad política y social que no se acaba de aprobar. Creo que en este camino de la concordia se ha llegado demasiado lejos. El libro de Federico de Onís lo demuestra cumplidamente. Nada más fino, nada más comprensivo que estas páginas. El lector a quien inspiren simpatía las ideas innovadoras, no saldrá descontento acaso de la lectura de este libro. Sin embargo, tal vez allá en su interior piense que no ha sido tan espléndido, ni tan inteligente, ni tan generoso, ni tan humano ese pasado que se nos pinta. Ha llegado el momento, a nuestro entender, de reaccionar un poco contra esa cordialidad y esa excesiva tolerancia con que desde hace treinta años se juzgan las cosas de la historia de España. Ni la hostilidad violenta de los primeros impugnadores—inspirados, es preciso decirlo, en un sincero patriotismo—, ni la indulgencia para el adversario que suponen las miras históricas recientes. El pasado español, con el que no tenemos celebrado pacto alguno, tiene sus negruras y se inspira en un ideal que no es el ideal moderno, humano, cordial. Y es preciso que con entera sinceridad proclamemos nuestro desamor a tal manera de sentir y comprender la vida. Hay cosas en la historia de España que nos encantan y que merecen toda clase de afectuosas efusiones; pero un ideal de dominación y de opresión, ejerciéndose sobre Europa y sobre América, es cosa que no podemos aprobar. Todo para el trabajo y la ciencia; nada para la dominación y la ignorancia. La imparcialidad histórica está por encima de los buenos deseos de cordialidad y de respeto con el adversario.

Azorín

Una interpretación moderna del teatro...

(*Viene de la página 24*)

ximo lujo y riqueza de los tiempos de Felipe IV y de Calderón.

Nada más falso e inútil que pretender representar las obras españolas como se representaban en su tiempo. Fué aquella una época de inmensa actividad creadora en la que constantemente se progresaba en el arte de la representación y aun al mismo tiempo había una diferencia incalculable entre el modo como la misma obra se representaba en un corral madrileño o en un sitio real como la Zarzuela y como se representaba por los cómicos viajeros que llevaban todo su ajuar en un carro y se paraban en cualquier sitio para improvisar la comedia, en las plazas o los corrales de los pueblos, ante un público de campesinos.

Lo sencial de la comedia española no faltaba nunca porque estaba en el alma y la imaginación de los espectadores. Y esto es lo que no puede ya volver a repetirse; esto es lo que falta en las representacions hechas en España durante el siglo XIX con el criterio de la realidad y la propiedad históricas, usando lujosos muebles y trajes del siglo XVII, y esto es lo que falta también en otras representaciones modernas que se han hecho en España y fuera de España, en Alemania sobre todo, usando todo el aparato musical y escenográfico de que dispone el teatro moderno. En las representaciones realistas del siglo XIX se perdía por completo la acción y el movimiento, y en las representaciones modernas de gran aparato sólo quedan los elementos decorativos y ornamentales.

Al representar nosotros esta noche, con nuestra pobreza de medios y en un ambiente lo más alejado que cabe del español del siglo XVII, una comedia famosa de Lope de Vega, el genio popular que dió a este teatro su forma definitiva, pretendemos, con toda modestia, llegar más lejos que se ha llegado nunca antes en la interpretación del verdadero espíritu y carácter del teatro español. En representación sintética hemos reducido la obra a sus elementos esenciales y permanentes, que adquieren así mayor rapidez, movimiento e intensidad dramática, muy de acuerdo con el espíritu de aquel teatro que, saltando por todos los prejuicios clasicistas de las unidades de acción, de lugar y de tiempo, logró otras unidades más profundas, la unidad real de la vida y la unidad romántica de la emoción. La dificultad técnica del cambio de lugar y de tiempo, y por lo tanto el logro de la máxima libertad y rapidez en la acción, se alcanza mediante la división matemática de la escena en dos mitades que, separadas por una una línea vertical en el centro de la escena, representan dos mundos de la realidad: el mundo blanco de las paredes encaladas de una casa campesina, y el dorado azul de las mieses y el cielo del campo libre y abierto de Castilla. En el cuarto delimitado y encerrado ocurren las escenas de reposo y concentración dramática, dichas en bellos versos, de intimidad familiar y amorosa, o de conflicto trágico entre las individualidades humanas; en el campo ilimitado ocurren las escenas de movimiento en las que el tiempo y el espacio están medidos por la creciente o decreciente intensidad de la luz y de la música.

Lo más importante ocurre en nuestra adaptación, como en la comedia de Lope, fuera de la escena; mucho de ello no ocurre siquiera, sino que queda abandonado a la imaginación de los espectadores. Cuando aquellos hombres antiguos escribían sus dramas no pensaban, como los autores del siglo XIX, que se dirigían a un público de idiotas, y contaban, como elemento esencial dramático, con la colaboración de la imaginación siempre presta y viva del alma de los espectadores, polarizada con atención intensa sobre la representación sintética de la vida, que es siempre el drama. Por eso, si queréis sentir esta noche algo de lo que era el drama antiguo, no tenéis que recordar lo que sepáis de la historia de España o su literatura, sino poneros en la actitud ingenua de interés por lo que en la escena pasa, y dejar que vuestra imaginación trabaje libremente, sin ayuda de sabiduría alguna.

Fijaos en todos los detalles, porque todos son significativos y la acción rápida y compleja. La música que envuelve toda la obra expresa exacta y misteriosamente todo lo que en la escena vemos recortado en los gestos y acciones de los personajes: la alegría de una boda, el tumulto y riesgo de una fiesta de toros, las diversiones y bailes campesinos, la tragedia de la pasión y de la muerte. Un personaje invisible en la comedia como en todas partes, el pueblo anónimo, es el personaje principal, el que canta en el coro, el que habla por boca de los segadores, el que representa el sentimiento democrático de la España popular y colectiva que se rebela contra todo poder señorial que no vaya encaminado a la justicia y al bien común de todos. La espada en manos de un humilde campesino, levantada en defensa de su honor y su felicidad contra el pecho de su señor, es símbolo del sentimiento de dignidad y libertad humanas que fué y es en España, no un privilegio de clase y de poder, sino un privilegio de todos, tan necesario para la vida del alma como el aire para existir. Que no se trata de un caso individual excepcional, sino de un sentimiento colectivo, lo vemos en que todo el drama gira desde el principio hasta el fin en torno a un romance, el cantar de la mujer de Peribáñez, que oiréis antes de levantarse el telón, que suena más tarde en las palabras de la escena en que ocurre el hecho real y que inmediatamente pasa con todo el prestigio del canto tradicional a la boca anónima del pueblo, de quien lo recogen los oídos de Peribáñez, haciéndole capaz, con razón, de sentirse más grande que ningún poder individual al ver su alma y su brazo impulsados por la tradición y el ideal de todo un pueblo.

Quizá todas estas palabras sean innecesarias. Olvidadlas, porque la comedia va a empezar.

Federico de Onís

Una presa del imperialismo yanqui: Bolivia

= De *Doctrina Radical*. Buenos Aires, Rep. Argentina =

«El hombre sabio no busca la causa de la guerra en el evangelio de la voluntad de poder de Nietzche o en el más opuesto y rudo de la voluntad británica de vencer de Lord Roberts, sino en la casa-aduana». (G. Bernard Shaw. Introducción al *International Government*, de Woolf.)

El estaño y la raza de bronce son los dos elementos más significados hoy en Bolivia. Las cotizaciones del estaño en Londres son observadas en La Paz con un profundo interés, como índice de la prosperidad del país. Un tercio de la renta nacional y más de la mitad del ingreso total de aduanas en 1925 procedían del estaño; en una palabra, ese humilde pero indispensable metal es el eje alrededor del cual gira la vida económica de Bolivia. Racialmente, Bolivia es un país indio. La mitad próximamente de sus dos millones y medio de habitantes son indios puros; un 25 ó 30 por ciento son de raza mixta, constituyendo el tipo boliviano mestizo llamado cholo, y unos 375.000, aproximadamente, son blancos. En manos de este grupo se halla centralizado el poder político y la riqueza del país. Una primera materia de gran importancia para la industria moderna, y una primitiva, extraordinariamente pobre e inarticulada población indígena, son los hechos primarios sobre los cuales se basan la estructura de la sociedad y el estatuto económico de la república de Bolivia, y los pronósticos que se formulen acerca del porvenir de este país, si han de ser perfectos, deben tener ambos datos en consideración. Los depósitos de estaño en Bolivia, que ocupan el segundo lugar en el mundo por su extensión, representan una gran riqueza natural, susceptible de un mayor desarrollo. El estaño es, por otra parte, de gran importancia para los Estados Unidos, porque nosotros consumimos más estaño que ningún otro país, y porque es una de las primeras materias esenciales para la guerra, de la cual nosotros carecemos, y sobre la cual, por convenio con Mr. Hoover, un poder extraño ejerce determinadas medidas de control y monopolio. Pero las riquezas minerales de Bolivia no están en proporción con la debilidad de sus recursos humanos. La vastedad de su territorio está poco poblada; la inmigración es prácticamente nula; cerca de un 85 por 100 de la población es analfabeta y un 50 por 100 es desesperadamente pobre, viviendo cada uno en un estado de peonaje o prolongando su miserable existencia sobre la fría meseta de las montañas de Bolivia, sin espíritu de iniciativa para cambiar las condiciones de su vida, que apenas ha sido alterada desde los tiempos de los incas. Para comprender las implicaciones de la deuda exterior de Bolivia con los ciudadanos de los Estados Unidos, que la retienen casi por entero y nuestras crecientes inversiones de capital en la explotación del estaño boliviano. del petróleo y otros minerales, es necesario tener en cuenta el fondo de esos dos componentes determinantes de la vida social y económica de Bolivia.



Barcas en el Lago Titicaca

Madera de *Federico R. Franke*

Con esta introducción en la vida del país será posible analizar el empréstito hecho por los banqueros norteamericanos a Bolivia en 1922, el más importante y singular factor de la finanza boliviana actual, y siguiendo de cerca el curso de las negociaciones, censurar la tirantez de los términos contra las condiciones esenciales de la vida boliviana y de su crédito, calculando sus efectos sobre el desenvolvimiento futuro del país, estudiando el grado de intervención que supone en la administración de los asuntos de la nación, e intentando evaluar, sea legítima inversión o especulación, en cuál de los dos últimos puntos estriba su importancia como un potencial problema del imperialismo económico.

Todo el sistema de esferas de influencia y protectorados que integran en suma el imperialismo económico se encuentra en Bolivia: un territorio rico en primeras materias indispensables para la moderna industria; un pueblo disperso y atrasado, gobernado, a despecho de las bases teóricamente democráticas de su constitución, por una pequeña minoría de blancos, dividida en dos campos que imponen su gobierno por métodos no aceptados en una sociedad política más perfecta; una carencia de capital indígena para fomentar los recursos del país y construir las obras públicas necesarias, y una ineficiente y al mismo tiempo corrompida administración de sus insuficientes rentas nacionales, dan como resultado un caso crónico de déficit presupuestario y la necesidad de la finanza extranjera para sostener la acción del gobierno. Añádase a esto un creciente interés de los ciudadanos de los Estados Unidos en Bolivia en la formación a su hechura de las empresas particulares mineras, en la inversión de capital en obligaciones del Estado y en las importaciones bolivianas, que han sido incrementadas desde los Estados Unidos apenas Bolivia decidió dirigirse a Nueva York en busca de créditos extranjeros. Todo el tinglado se halla dispuesto para la acción si aquellos intereses peligrasen.

Las inversiones de capital de ciudadanos de los Estados Unidos en Bolivia ascienden, aproximadamente, a 100 millones de dólares: unos 40 millones de dólares, en obligaciones del Estado, y el resto, principalmente, en la explotación de minas y del petróleo. Nuestras exportaciones a Bolivia durante los años más recientes han sido alrededor de seis millones de dólares por año, una pequeñísima parte de nuestra exportación total realizada, pero superior a la de ningún otro país, y seguramente en aumento desde 1922.

Para la deuda pública exterior, interior y flotante, Bolivia tiene actualmente hipotecado el 80 por 100 de las rentas del país; más del 58 por 100 de la renta nacional en 1925 fué hipotecado a los norteamericanos, sólo para el empréstito de conversión de 1922; sobre el 46 por 100 de los ingresos de aquel año fué empleado en el servicio de la deuda nacional. Un presupuesto nivelado es casi desconocido en la historia financiera de Bolivia, y lo fué el del año 1924, constituyendo en este respecto un año anormal. Aunque fué adoptado el patrón oro en 1908, sus billetes de banco han sido inconvertibles desde 1914.

En 1922, un gobierno autocrático e irresponsable cargó al país con una pesada deuda, la mayor parte de la cual fué improductiva, resultando que la capacidad deudora de Bolivia, si no fué sobrepasada, fué alcanzada por lo menos sin producir suficiente capital para la construcción de ferrocarriles, caminos y otras mejoras necesarias. Este hecho, combinado con el alto interés fijado para el pago de los créditos extranjeros, y la traba sobre la mayor parte de las rentas del país afectadas en garantía del empréstito, permitiendo únicamente segundas hipotecas utilizables para empréstitos futuros, condujo a los liberales, el grupo político de oposición en Bolivia, a considerar seriamente la posibilidad de repudiar el empréstito de conversión de 1922 en el caso de que un cambio de fortuna política los llevase al poder. La más juiciosa política de mantener a toda costa la reputación y el crédito del país prevaleció finalmente, y aunque este empréstito es juzgado en Bolivia como ilegal, gravoso y no en armonía con la soberanía de una nación independiente, la observancia de la mayor parte de sus cláusulas es considerada como inevitable, aun cuando un deseo y una esperanza de modificar alguna de las estipulaciones del contrato existen todavía. Todo deliberado incumplimiento referente a las obligaciones de

esta emisión fué cuidadosamente prevenido con el nombramiento de una Comisión Fiscal Permanente de tres miembros, dos de ellos designados por los banqueros, que durante los veinticinco años de vida de este empréstito recauden los impuestos de Bolivia. De este modo, la repudiación o el incumplimiento, excepto en caso de **fuerza mayor,** no son probables.

Bolivia tiene, por consiguiente, una deuda neta registrada, y los Estados Unidos no han tenido hasta ahora motivo para manejar el palo en este país. Las "enérgicas observaciones "por parte del departamento de Estado hechas cuando Bolivia, esperando obtener modificaciones en el contrato del empréstito de conversión, rehusó firmar las obligaciones permanentes, y la proposición expuesta anticipadamente en las negociaciones para este empréstito de que uno de los miembros de la Comisión Fiscal Permanente sería nombrado por nuestra Secretaría de Estado, han sido, en lo que cabe saberse, las únicas asociaciones del gobierno de los Estados Unidos con los asuntos bolivianos, aparte, naturalmente, de su pleno conocimiento de las negociaciones y de la negativa a la aprobación del empréstito.

El imperialismo no se agita aún en Bolivia porque la situación no lo ha requerido. Pero, como ha dicho un escritor comentando la refundición del empréstito de 1922: "Y así otro Estado de la América latina, esta vez al sur del Ecuador, desliza su cuello en el dogal del control de la finanza americana. ¿Tenía razón Mr. Champ Clark cuando dijo que nuestros límites se extenderían hasta la Tierra del Fuego?" Había en su afirmación una sospecha más bien que un hecho. Pero puede haber disturbios en Bolivia, y las complicaciones políticas de nuestras crecientes inversiones de capital en aquel país, vendrían a nuestra patria encaminando sus pasos al departamento de Estado. La táctica empleada en las regiones caribes podría extenderse al continente meridional, y las naciones de Sudamérica tendrían motivo para sentir más que un académico temor al "imperialismo yanqui".

Margarita Alexander Marsh

LO DEL CHACO

Fuerzas morales

= De *La Voz*. Madrid =

Las circunstancias políticas por que atraviesa España acaparan toda su atención y dejan poco espacio para lo distante. Sin embargo, no es posible ignorar en absoluto ni derivar conclusiones de lo que pasa más allá de las fronteras o más allá de los mares.

¿Cuál es la conclusión que se deriva del conflicto armado entre Paraguay y Bolivia? Esta: que no basta tener ejércitos, armas y municiones para provocar conflictos internacionales, ni basta siquiera obedecer a urgencias de orden material; es necesario además tener razón. Es necesaria la fuerza moral.

Cuando Bolívar creó el Estado que tomó el nombre de su fundador dotó al país boliviano de un extenso litoral y de excelentes puertos en el Pacífico. Bolivia no supo conservar su patrimonio territorial, y perdió sus puertos y su zona marítima en guerras con Chile.

Reducido a país mediterráneo, empezó para Bolivia el drama cotidiano del aislamiento. Su máxima preocupación internacional fué la salida al mar. Esa preocupación, esa ingente necesidad, orientó su política, y a ella se debe la presente guerra. Por la guerra contra el Paraguay, si vencedora, podría conquistar territorios y acercarse a las orillas de grandes ríos, que la condujesen al Atlántico.

¿Tiene la culpa el Paraguay de la fatalidad de Bolivia? No tiene la culpa. Y Bolivia, ¿tiene derecho para preparar lentamente una conquista, provocar una lucha armada y mostrarse sorda a todas las voces de avenencia, para lograr su propósito de conquista territorial? No.

Por eso la justicia y las simpatías internacionales acompañan al Paraguay. También lo acompañan y lo sirven el amor al terruño y el probado valor de sus hijos. Mal preparado relativamente para la guerra, y después de haber agotado las medidas conciliatorias, acepta el Paraguay el sacrificio y va a la lucha. Va a la guerra contra un país mucho mayor, mucho mejor armado y dirigido militarmente por generales tudescos. En la guerra se porta el Paraguay como quien es y renueva los laureles de Solano López contra la triple alianza del Brasil, Argentina y el Uruguay. Los generales tudescos, con toda su ciencia y toda su pedancia, lo mismo que sus alumnos y aleccionados de Bolivia, salen deshechos, los fuertes quedan en poder de los héroes de Asunción y el Chaco permanece paraguayo. Lo es de hecho y de derecho.

Bolivia ha jugado y ha perdido. Ahora tiene que pagar. Desde luego, paga con el desprestigio de la derrota.

Más caro ha podido costarle este alarde de fuerza contra su vecino del Sur. Ha olvidado que por allí cerca está Chile, país ávido de conquistas territoriales por carecer de territorio, y que espera precisamente engrandecerse a costa de Bolivia. Olvida también que la Argentina tampoco es para ella un vecino tranquilizador. ¿Y el Brasil?... ¡Cómo se atreve Bolivia, sin estar loca, a remover ese avispero! Cierre los oídos a los generales tudescos, que sabrán mucho en Prusia, pero que pierden las guerras en Europa y en América; acepte una paz honorable, y espere de la diplomacia y de la paz lo que necesita y lo que por la guerra no puede ni debe pretender.

R. Blanco Fombona

Las casas solariegas del antiguo Cartago

= *Envío del autor.* Cartago, C. R. 1932 =

Estoy sintiendo estos días, más honda que nunca, mi orfandad del antiguo, esto es, del verdadero Cartago. Unas cuantas visitas a la Exposición de Antigüedades de la Escuela Jesús Jiménez me tienen de humor reminiscente; tantas cosas evocadoras de nuestro pasado han logrado reunir esos buenos maestros con la única ayuda de sus niños. Allí campanas centenarias y armaritos de preciosa talla; allí imágenes de santos pintadas en metal o esculpidas en madera, adorno un día del camarín doméstico o del retablo de iglesia; allí viejos sillones con el nombre, bordado en cuero, de la dama o del hidalgo que descansó en ellos; allí la espada que empuñaron los abuelos en guerra contra el filibustero, o el vestido con que fueron las abuelas al sarao en honor de Don Juanito o del Doctor Castro; por todas partes cosas y recuerdos de personas del buen tiempo antiguo. De esta vez hasta los menos amigos de lo viejo han sentido su encanto. Algunos hemos sentido a más de ese encanto un sentimiento de tristeza. Por sobre todas estas cosas salvadas del terremoto, del abandono y de la incuria, flota la nostalgia del Cartago de antes, del Cartago que conocimos de niños y que aprendimos a amar con un amor que no se consuela ni se consolará nunca de su pérdida.



Del Cartago de antes.—Casa que perteneció a las señoras Espinach

De mí sé decir que soy cartaginés viejo en más de un sentido. Por gusto y tradición: los Sanchos somos cartagineses desde muy antiguo. Cuando la erupción del Irazú el año 1723, ya citaba el Gobernador Don Diego de la Haya Fernández a uno de mis antecesores entre los vecinos de Cartago en la relación que de aquel suceso hizo a España: "Como a las diez u once del día pasé a la calle que está de por medio con la del señor Vicario para observar desde allí las operaciones de dicho volcán, por descubrirse de dicho sitio, estando en mi compañía los capitanes Juan Sancho de Castañeda, José Felipe Bermúdez y el alférez Antonio Angulo". Desde entonces viene mi gente viviendo aquí, apegada a esta tierra, identificada con la ciudad a través de todas sus vicisitudes. Pesa, pues, sobre mí una larga tradición y siento que mi espíritu tiene en este lugar raíces más profundas que ningún árbol.

Pero no son sólo razones de sangre y de tiempo las que me mueven a añorar la vieja ciudad, sino también razones de belleza. El antiguo Cartago tenía gran atractivo aun para las personas que no habían nacido o vivido en él: era una ciudad pequeña y modesta, pero con carácter propio, con un aire inconfundible de hidalguía que lograba infundir una sensación de buen tono y de noble sosiego.

Algo he dicho ya de sus iglesias. También sus casas trascendían dignidad y hermosura. El terremoto y la destrucción sistemática que siguió al terremoto no dejaron nada en pie. Todo desapareció. Fuimos todavía más desafortunados que otras gentes que lograron salvar siquiera las ruinas, la Antigua y la Nueva Guatemala para no ir muy lejos. En Cartago se cumplió el verso de Lucano: "Etiam periere ruinae" (Hasta las ruinas perecieron), y todavía sobre la ira del volcán y sobre el afán destructor de los hombres hemos tenido que sufrir también la incomprensión aplaudidora de aquella obra nefasta. Léase sino lo que decía **La Información** el 4 de mayo de 1913: "La Cartago nueva no tiene el aspecto triste y pesado de aquella Cartago que fué cuna del país, y que el terremoto redujo a escombros, redujo a polvo, redujo a nada...; la Cartago nueva es una ciudad coqueta, bonita como sus valles, como sus florestas, con sus flores y con sus mujeres".



Interior de la casa de las señoras Espinach
(Del Cartago de antes)

Los verdaderos cartagineses que venimos de padres cartagineses, descendientes ellos a su vez de gente cartaginesa, sabemos qué pensar de esas coqueterías y bonituras de que hablaba el editorialista que acabamos de citar. A nosotros no nos entusiasman tanto esas casas de la nueva Cartago, y conste que no hablo de los ranchos ni de las estructuras de madera a los cuales no concede un agudo americano avecindado aquí más que dos dimensiones. No, me refiero a las moradas de las personas pudientes, ante cuya ramplonería y mal gusto no nos queda más partido que recordar las otras, las desaparecidas al empuje del terremoto o de la dinamita demoledora. Yo suelo evocarlas a menudo para consolarme de nuestra actual insignificancia. Con los pocos hermanos que me quedan pongo a contribución mis recuerdos. Hablamos de las casas de los abuelos, ambas situadas en esquinas diagonales de la manzana al oeste del Parque. En esa misma manzana tuvo también la suya doña Anacleto Arnesto de Mayorga, la amiga de Morazán y protectora de los pobres, "tipo el más perfecto de la alta dama cartaginesa, señora la más ilustre de Costa Rica", en opinión de don Jesús Jiménez. Allí está ahora el teatro Apolo a donde van nuestros jóvenes y nuestras señoritas a admirar las gracias de Lupe Vélez o de Greta Garbo.

En la esquina diagonalmente opuesta a la casa de doña Anacleto, esto es, al Norte del Parque, se levantaba la casa de las señoras Espinach, la más hermosa sin duda de todas las casas de Cartago. Fué construída por don Ventura, un catalán emprendedor que vino a Costa Rica a trabajar las minas del Aguacate, y casó aquí con doña Mercedes Bonilla, hija de don Juan José Bonilla y de otra gran dama costarricense, a cuya generosidad debió Cartago el primer órgano de la Parroquia, doña Teodora Ulloa. La casa se acabó de construir en noviembre del 59. A un lado y otro de la puerta principal tenía dos preciosas columnas de piedra estilo jónico, y las seis ventanas del frente estaban defendidas por seis hermosísimas rejas forjadas en el país, que le daban un aire de señorío inolvidable. Pero si por fuera era hermosa, por dentro lo era más. El jardín era un encanto, con sus palmeras, sus jazmines, guarias y nenúfares, y sobre todo con la graciosa fuentecilla coronada siempre por diamantina pluma de agua. Allí vivían doña Rosa, viuda, cuando vine a conocerla, del doctor Morales, doña Mercedes y doña Teodora. Muy frecuentemente había conciertos de música por aquel tiempo en casa de las Espinach. Doña Mercedes tocaba al pia-

no magistralmente y doña Teodorita cantaba con voz dulce y suave sentimiento.

Hace poco cayó en mis manos la fotografía en que aparecen ellas dos en el jardín acompañadas de doña Chepita Mestre, hija del comerciante don Ramón Mestre y de doña Calixta Peralta, y hermana de la que luego fué Baronesa de Bonnet. El lector de estos recuerdos pueda que tal vez se dé cuenta del encanto de esta vieja imagen de pasadas bellezas, o si no que se explique al menos el que yo le encuentro. Movido del deseo de conseguir alguna otra fotografía que permitiera al espíritu reminiscente volver a contemplar aunque fuera en esa forma aquella hermosísima mansión, he ido una de estas tardes a visitar a las señoras Espinach, quienes desde el terremoto viven en San José.

Tanto doña Mercedes como doña Teodora están muy enfermas. Sin embargo, aun conservan entusiasmo por el arte, ánimo y gracia para conversar, excelente memoria, y sobre todo cariño, inmenso cariño por Cartago, por el Cartago de ellas, que es también el mío. Conversamos del pasado, de cosas y personas desaparecidas. A media conversación doña Mercedes se levanta (doña Teodorita está desde hace un tiempo inválida de resultas de una caída) a enseñarme el retrato de doña Mercedes, su madre, y de doña Teodora, su abuela. Luego registra en la gaveta de una cómoda, saca la fotografía del frente de la casa y vuelve a donde su hermana que se ha quedado sola y triste en callada remembranza. Doña Teodorita toma la fotografía, la mira, me habla del jardín fragante, de la fuentecilla rumorosa, de las veladas musicales, de su maestro de canto, Bissoni, que llegó a Cartago el año 70, de muchas, muchas cosas que sólo ella recuerda, que sólo a ella interesan, vuelve a mirar la fotografía—¡quién sabe cuántas veces la habrá mirado con esa misma mirada de amor y desconsuelo!—y me dice de pronto, como volviendo de un sueño: Ah, mi casa, señor!

Mario Sancho

Cartago. 1933.

Los centauros

(Bajo relieve)

= Reproducción textual; como apareció en la *Revista de Costa Rica*, año I, número 5, de marzo de 1892. San José de C. R. =

A Raoúl Cay

Escrita en viejo dialecto eolio
Hallé esta página dentro un infolio
Y entre los libros de un monasterio
Del venerable San Agustín.
Un fraile acaso puso el escolio
Que aquí se encuentra: dómine serio
De flacas manos y buen latín.
Hay sus lagunas.

——

. . . . Cuando los toros
De las campañas, bajo los oros
Que vierte el hijo de Hiperión,
Pasan mugiendo, y en las eternas
Rocas salvajes de las cavernas
Esperezándose ruge el león;

Cuando en las vírgenes y verdes parras
Sus secas notas dan las cigarras
Y en los panales de Himeto deja
Su rubia carga la leve abeja
Que en bocas rojas chupa la miel,
Junto a los mirtos, bajo los lauros,
En grupo lírico van los centauros
Con la armonía de su tropel.
Uno las patas rítmicas mueve,
Otro irgue el cuello con gallardía
Como en hermoso bajo relieve
Que a golpes mágicos Scopas haría;
Otro alza al aire las manos blancas
Mientras le dora las finas ancas
Con baño cálido la luz del sol;
Y otro saltando piedras y troncos
Va dando alegre sus gritos roncos
Como el ruido de un caracol.

Silencio. Señas hace ligero
El que en la tropa va delantero;
Porque a un recodo de la campaña
Llegan en donde Diana se baña.
Se oye el ruido de claras linfas
Y la algazara que hacen las ninfas.
Risa de plata que el aire riega
Hasta sus ávidos oídos llega;
Golpes en la onda, palabras locas,
Gritos joviales de frescas bocas,
Y los ladridos de la traílla
Que Diana tiene junto a la orilla
del fresco río, donde está ella
Blanca y desnuda como una estrella.

Tanta blancura que al cisne injuria
Abre los ojos de la lujuria;
Sobre las márgenes y rocas áridas
Vuela el enjambre de las cantáridas
Con su bruñido verde metálico,
Siempre propicias al culto fálico.
Amplias caderas, pie fino y breve;
Las dos colinas de rosa y nieve...
Cuadro soberbio de tentación!
Ay del cuitado que a ver se atreve
Lo que fué espanto para Acteón!
Cabellos rubios, mejillas tiernas,
Marmóreos cuellos, rosadas piernas,
Gracias ocultas del lindo coro,
En el herido cristal sonoro;
Seno en que hiciérase sagrada copa:
Tal ve en silencio la ardiente tropa.

Quién adelanta su firme busto?
Chirón experto? Folo robusto?
Es el más joven y es el más bello;
Su piel es blanca, crespo el cabello,
Los cascos finos, y en la mirada
Brilla del sátiro la llamarada.
En un instante veloz y listo
A una tan bella como Kalisto
Ninfa que a la alta diosa acompaña,
Saca de la onda donde se baña;
La grupa vuelve, raudo galopa:
Tal iba el toro raptor de Europa
Con el orgullo de su conquista.

¿A do va Diana? Viva la vista,
La planta alada, la cabellera
Mojada y suelta; terrible, fiera,
Corre del monte por la extensión;
Ladran sus perros enfurecidos;
Entre sus dedos humedecidos
Lleva una flecha para el ladrón.

Ya a los centauros a ver alcanza
La cazadora; ya el dardo lanza,
Y un grito se oye de hondo dolor:
La casta diva de la venganza
Mató al raptor...

La tropa rápida se esparce huyendo,
Forman los cascos sonoro estruendo.
Llegan las ninfas. Lloran. ¿Qué ven?
En la carrera la cazadora
Con su saeta castigadora
A la robada mató también.

Rubén Darío

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Nos llega la segunda edición, extensamente corregida, de una obra recomendable:

Diccionario de Americanismos, por Augusto Malret. Imp. «Venezuela». San Juan, Puerto Rico. 1932.
Con el autor: Aptdo. 723. San Juan, Puerto Rico.

La Dama de las Camelias, por Alejandro Dumas (hijo), acaba de publicarse en la meritísima «Colección Universal», Núms. 1233-1236. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. Traducción de M. T. de Llanos. Nueva Traducción.

En la misma «Colección Universal» han aparecido también, hace poco, estas obras famosas:

Voltaire: *Historia de Carlos XII, Rey de Suecia*. Trad. de Alvaro Martín.
Miguel Cané: *Juvenilia*.
Jorge Eliot: *El Molino*. Vols. I y II. Trad. directa de G. Sanz Huelin.

D. Gustavo Solano Guzmán, Cónsul Gral. de El Salvador en Bélgica, nos ha remitido:

Volumen de una vida, por Gustavo Solano Guzmán (El Conde Gris) Imp. Ratincex Freres. Amberes, Bélgica.

Las publicaciones de Enrique Espinosa (Entre Ríos, 1585, Buenos Aires, Rep. Argentina) resultan siempre muy interesantes. Las vemos llegar con gusto y provecho. Son muy recomendables. Ahora hemos recibido el Núm. 1 del mensuario *Trapalanda*, un colectivo porteño. Está dedicado, este Núm., a honrar la memoria de Enrique Hudson. Dibujo de Basaldua.

Ultimas de las publicaciones «Edeya» (Aptdo. de correos 1149. Barcelona, España):

Preobrayenski: *Las bases de clase del anarquismo*.
El trabajo de las Células de Empresa. Serie 1.ª N.º 1. Ediciones de «El Joven Comunista».

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 / (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Sobre el Arcipreste de Hita

= De *El Sol*. Madrid =

Con el libro de sentencias de Cervantes que el jueves comentamos, nos envía la Editorial Yagües otro de la serie sobre el Arcipreste de Hita, de Federico Torres. Castilla ha acuñado cien veces en su prosa sentencias como medallas de bronce conmemorativo. Hay un habla en proverbios que por su tónica grave merece el facistol. Esa no es la de Cervantes, que nace, no en aulas ni en chancillerías, sino en la paz en guerra de los caminos.

Dijimos que es difícil reducir la obra de Cervantes a sentencias, dichos decideros o lecciones. Con esta labor, aunque el entusiasmo la anime, se resta precio a la prudencia dolorida del hidalgo. Se capta la cordura, no la luz de su melancolía.

Cervantes, para quien la derrota es el trofeo de las almas bien nacidas, no nos quiere adoctrinar, sino distraernos e irnos consolando de haber nacido.

En el libro de Torres sobre el Arcipreste de Hita se procede de otro modo. El autor estudia la vida y la obra de Juan Ruiz, y allega luego trozos escogidos.

Las ediciones del "Libro de buen amor" son exiguas. La paleográfica de Ducamin, hecha en Toulouse en 1901, sigue siendo la más bella. El "Libro de cantares", de Janer, en la Biblioteca de Autores, tomo LVII, que amplía la colección de Tomás Antonio Sánchez, continuada por Pedro José Pidal, sirve con nobleza a la historia de la literatura. La de Cejador y Frauca, de 1914, y la de Alfonso Reyes, de 1917, son estimables sin duda. Echamos de menos ediciones facsímiles de los manuscritos del "Libro del buen amor" de Martínez Gayoso, hoy de la Academia Española; de la Catedral de Toledo, hoy de la Biblioteca Nacional, y del Colegio Mayor de San Bartolomé, de Salamanca, hoy de la Biblioteca de Palacio.

La bibliografía sobre Juan Ruiz no es extensa, aunque se ilustre con los nombres de Foulché Delbosc Hanssen, señora Humphrey Ward O. Tacke, R. Schevill, Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal, Payol y Alonso Solalinde, Jara, Sánchez Cantón y otros.

Algo más encarna el arcipreste que la orgía del libre albedrío campando en el mundo. Algo más que el cura disoluto que debajo de sus latines le da un sí jocundo a la vida. El retrato que él pone en boca de Trotaconventos aunque estalle de eso que el idioma rabelesiano llamara después tuétano sustantífico, no le caracteriza del todo:

El cuerpo ha bien largo; miembros grandes, trefudo;
La cabeza non chica; belloso, pescozudo;



El cuello non muy luengo, cabal, prieto, orejudo,
Las cejas apartadas, prietas, como carbón;
El su andar enhiesto, bien como de pavón,
Su paso sosegado é de buena rasón;
La su nariz es luenga; esto lo descompón.

De las tres pasiones clásicas, la de amar, la de saber y la de sobresalir, la de amar es en el arcipreste la más viva. Miró a la "adolescentula speciosa", que Salomón conocía como el oso de la cantiga a la estrella de miel, pesada y delicadamente a la vez. El nos cuenta que expió cada culpa antes y después de gozada. El penitente, en el "Libro de buen amor", se esconde y hay que adivinarlo más bien que verlo.

Alega él mismo que su objeto es "reducir a toda persona a memoria buena de bien obrar e dar ensiempro de buenas costumbres e castigos de salvación, e porque sean todos apercibidos e se puedan mejor guardar de tantas maestrías como algunos usan por el loco amor".

Juan Ruiz ríe bien porque ríe el último de esta alegación, mechada luego con citas de Santos Padres. Ríe bien, pero nunca, "pese a aquella teoría de clérigos, e e legos, e flayres, e monjas, e dueñas, e joglares, que salen parodiando la liturgia a recibir a don Amor", nunca desleal, sacrílegamente. Se lo dijo, aunque reprendiéndole, don Marcelino Menéndez Pelayo a D. José Amador de los Ríos, para quien Juan Ruiz era un moralista:

"Dígase en buena hora que las locas alegrías, irreverencias y profanidades del arcipreste ofenden menos, o no ofenden nada, por el criterio histórico con que se lee su obra, por lo remoto de la época, por lo vetusto del estilo y por cierta especie de sinceridad primitiva y bárbara con que todo ello está dicho; pero no nos empeñemos en canonizarle ni en convertirlo en vengador de la moral pública".

En eso estamos. Ni moralista, ni réprobo que merezca, según la frase de Shakespeare sobre otro cura, que se "ceben en sus sentidos los milanos del cielo". Medida en todo, y en la severidad para los malos pasos del arcipreste, también.

Yo só la chata recia que a los homes ata,

oye decir a una vaquera un día de San Medel, en el puerto de Lozoya.

Si Juan Ruiz se deja atar por una chata así es porque toma sus presas, no donde quiere, sino donde saltan. El tenía buen paladar, y quien lo tiene no es casi nunca mal hombre.

Muy sagaz y despiertamente considera Federico Torres los trabajos y los días del poeta. Renuncia rastrear vestigios o influencias en su obra, y en nuestro sentir acierta. El arcipreste, como Fitz Maurice Kelly indica, trata a sus predecesores con el desenfado del que es maestro. ¿Que su descripción de la tienda del Amor está sugerida por la pintura de la tienda de Alejandro, en el "Libro de Alixandre"? ¿Que su episodio de doña Endrina es una noble paráfrisis del "Pamphilus", pieza latina anónima del siglo XII, a la cual alude Eberhardo en su "Laberintus", que después de haber sido traducida al francés, hacia 1225-1228, por Jean Brasdefer de Dammartin, en Goele, fué imitada por Richard de Fournival en un poema de Vetula? ¿Y qué? Fitz Maurice Kelly lo advierte:

"Ruiz adapta el 'Pamphilus' ensanchando su marco y desarrollando sus caracteres; saca sin escrúpulos los "fablaut", los cuentos franceses, como la "Bataille de Karesme et de Charnage"; despoja en busca de fábulas las de Fedro y las de la "Disciplina Clericalis", de Pedro Alfonso (judío español, converso desde 1106); no vacila en trasegar, siempre a caza del mismo género, por las del "Esopus", de Walter, el inglés que verosímilmente conocía mediante las traducciones en versos franceses titulados "Ysopel"; toma lo que cree oportuno del "Libro de los engaños e los ayuntamientos de las mujeres", del infante Don Fadrique, y de todo cuanto libro le parece utilizable".

¿Y qué? Quien refunde como Dios manda, crea de nuevo, y esta vez, como tantas, es la solera la que hace el vino. Es el tono el que hace a la canción o el que la deshace.

La respuesta del arcipreste a la Vida cabe en sus versos:

Probar home las cosas non es por ende peor,
E saber bien e mal e usar lo mejor.

Errata

Una se nos pasó en la entrega anterior. Véase el artículo «Examen somero del *Noticioso Universal*, en la página 5, segunda columna, renglones 18, 19 y 20 de arriba hacia abajo. Dice:

«pues por más que se quiera *cubrir* un Santo Tomás en San José y una escuela de primeras letras en Cartago» «no son suficiente barniz para cubrirnos».

Léase:

«pues por más que se quiera *colorir* un Santo Tomás en San José, etc.»

Imprenta LA TRIBUNA